PQ 6554
.P6M8

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

EL MÚSICO

DE

LA MURGA

COMEDIA EN TRES ACTOS

MADRID
IMP. Y LIBRERÍA DE M. GUIJARRO
CALLE DE PRECIADOS, NUM. 5
1870

EL MÚSICO

DE LA MURGA

EL MÚSICO

DE LA MURGA

COMEDIA EN TRES ACTOS

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

Representada por primera vez en Madrid en el teatro Español
la noche del 25 de octubre de 1870.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
Preciados, número 5
1870

PQ6554
.P6M8

DISTRIBUCION DE LA COMEDIA.

PAPELES.	ACTORES.
MARÍA.....	D.ª SALVADORA CAYRON.
MÓNICA.....	D.ª EMILIA DANSANT.
D. ISIDORO.....	D. JOSÉ VALERO.
ADOLFO.....	D. JUAN CASAÑER.
RAMON.....	D. FRANCISCO OLTRA.
BAUTISTA.....	D. MANUEL PASTRANA.
CRIADO.....	D. JULIAN CASTRO.

La accion tiene lugar en Madrid en nuestros dias.

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie, sin su permiso, podrá reimprimirla, ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva el derecho de traduccion, impresion y representacion en el estranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de los señores GULLON é HIDALGO, dueños de la galeria lírico-dramática *El Teatro*, son los encargados esclusivos del cobro de los derechos de representacion en provincias.

199181
1913

LC Control Number
tmp96 031382

A Cármen.

La blanca flor del almendro ha brotado diez y seis veces desde aquel dia que aspiraste el primer soplo de vida, gérmen infalible de la muerte. El hermoso sol de la primavera brilla sin mancha sobre tu frente purísima; tu corazon late tranquilo, y tu alma, sencilla y sin deseos, duerme perfumada con el aroma de la virtud. ¿Cuánto tiempo durará este estado de envidiable felicidad? Dios solo lo sabe. Hoy tus pensamientos vuelan por un cielo sin nubes. Por eso, hija mia, en la obra que te dedico, te he tomado por modelo al describir el tipo de María, la sencilla hija del *músico de la Murga.*

No borres nunca de tu memoria ni de tu corazon que la virtud, la modestia y el trabajo son tres bellezas del alma que forman el mas rico patrimonio de la mujer.

Enrique.

Pinto 26 de octubre de 1870.

DOS PALABRAS.

El Músico de la Murga se escribió espresamente para el primer actor don José Valero. El público que asistió á sus representaciones sabe hasta qué altura rayó en el desempeño de su papel el mencionado actor. Si al dar á la estampa mi comedia no consignara en una de sus páginas mi agradecimiento, seria cometer una injusticia, una ingratitud indigna de mi carácter.

Mi humilde *músico de buhardilla* ha salido á la *vida de la escena* bajo los auspicios de un padrino eminente. Grande ha sido el triunfo del señor Valero; completo el éxito. Yo me felicito por ello, y me reservo sin modestia una parte, aunque pequeña, de los aplausos del público, porque el actor y el autor son dos hermanos que caminan juntos por una senda que no siempre está sembrada de flores, sobre todo en la época presente, en que el *Can-can* y los *Bufos* amenazan de muerte al teatro español.

Doy asímismo las gracias á las señoras Cayron y Dansant, y á los señores Oltra, Casañer, Pastrana y Castro, por el interés que se tomaron en mi obra, conduciéndola al *difícil* puerto de salvacion en la borrascosa noche de un estreno, donde tanto escollo presentan al indefenso autor precisamente *aquellos* que, olvidando lo de *hoy por tí y mañana por mí*, se complacen inícuamente en hacer *sangre con la palabra* durante la representacion; y terminada la obra, si ha tenido *éxito*, si no han podido hundirla, devoran en silencio su envidia y corren á abrazar al autor, dándole enhorabuenas que nacen en los dientes y mueren en los labios.

ESCRICH.

ACTO PRIMERO.

Buhardilla: al fondo una alcoba cuya puerta cubre una cortina de percal á flores; colgado de uno de los lienzos de pared del foro un retrato de cuerpo entero representando un hombre con el traje de mediados del siglo XVIII en actitud de tocar el violin.—Á la derecha del actor una puerta en primer término que conduce á la escalera; en el segundo, una ventana que da á los corredores de las buhardillas.—Á la izquierda en el primer término un pequeño pabellon que figura ser la pieza de estudio de don Isidoro: la parte que da frente al público está cerrada por una vidriera de pequeños vidrios emplomados: dentro de esta habitacion se ve un atril, varios instrumentos de música colgados de las paredes, y un pequeño armario.—En el segundo término otra puerta que comunica con el interior de la habitacion.—En la escena dos mesas con tapete de percal.—En los lienzos de pared del foro una cómoda, una alacena y un capero.—De una de las vigas del techo cuelga un alambre que sujeta una jaula.—Todos los muebles que decoran esta habitacion deben ser en estremo modestos, pero respirando al mismo tiempo ese encanto, esa poesía que trasmite la limpieza de una mujer hacendosa á todo cuanto la rodea.

ESCENA PRIMERA.

MÓNICA, subida sobre una silla en medio del teatro, figura hallarse ocupada en arreglar el canario. Poco despues ADOLFO aparece asomado á la ventana de la derecha.

MÓNICA. Señor canario, he observado que canta usted mas cuando su ama se halla en casa.

ADOLFO. (*Asomándose á la ventana.*) ¡Eh, Mónica! ¿Estás sola?

MÓNICA. ¡Ah! ¿Es usted, señor marqués? (*Bajando de la silla.*)

ADOLFO. ¡Silencio, desventurada! La menor imprudencia puede destruir todos mis pla-

nes, y tú perderias los veinte mil reales ofrecidos.

MÓNICA. Dice usted bien; procuraré ser mas cauta. Voy á abrir la puerta.

ADOLFO. No te molestes, entraré por la ventana; ellos ya no pueden tardar, y de este modo tengo franca la retirada. (*Adolfo salta á la escena. Viste con estremada elegancia. Lleva en la mano un saco de noche.*)

MÓNICA. ¿Qué lleva usted en ese saco?

ADOLFO. ¡Ah, querida Mónica! Este saco contiene el talisman prodigioso que ha de abrir al vicio las puertas del templo de la virtud. (*Mónica exhala un suspiro.*) ¿Por qué suspiras de ese modo? ¿Qué pesar te aflige?

MÓNICA. Temo que no se logren nuestros deseos. María es invulnerable como el castillo de Sax; la virtud huye del vicio como el armiño de los lodazales.

ADOLFO. Basta de comparaciones.

MÓNICA. Lo que usted quiera; pero bueno es que sepa que don Isidoro es un bello sugeto, el tipo de la honradez, de la resignacion, y su hija una jóven tan buena como su padre; y tan poco ambiciosa, tan enamorada de la modestia que la rodea, que será preciso que trabajemos mucho para lograr nuestro objeto. En una palabra, la hermosa jóven que vive en esta buhardilla no es de las que pertenecen al género fácil.

ADOLFO. Por esa razon me he provisto de este saco y de este violin, que como las aguas de Némmona, me abrirán paso hasta el corazon de esa virtud de buhardilla. (*Soltando una carcajada.*)

MÓNICA. No entiendo una palabra.

ADOLFO. Querida Mónica, á pesar de tu mucha práctica en las aventuras amorosas, veo que no sabes de la misa la media. Si María no se rinde á los atractivos del oro, se rendirá á los arrullos del amor. La

virtud es bastante escasa en nuestros dias; yo al menos no creo en ella.

MÓNICA. Tambien pensaba yo lo mismo; pero desde el dia en que obedeciendo las órdenes de usted alquilé en esta casa una buhardilla, desde que conozco á don Isidoro y á su hija, me he convencido de que la virtud existe, y que es mas fuerte, mas invencible de lo que creemos los que dudamos de ella.

ADOLFO. ¡Oh! Tengo bien tendidas mis redes, y María caerá en ellas, yo te lo prometo. Pronto veremos si el pobre músico y la hermosa jóven que viven en esta buhardilla sin mas patrimonio que el trabajo, resisten á las pruebas á que voy á someterles. El oro deslumbra los ojos, turba la conciencia y conmueve el corazon. Las mujeres y los hombres son lo peor del mundo; ellos y ellas se venden siempre: lo difícil es acertar el precio en que se valúan; y puesto que María es la misma virtud, segun dicen todos, y su padre la honradez personificada, tengo un formal empeño en demostrar lo contrario. Voy pues á dedicarles algunas horas: ellos no me conocen. Figúrate por un momento que yo ni soy rico ni soy marqués, y sí un sobrino tuyo, loco, entusiasta por la música, que ansioso de conquistarse un nombre abandona su pueblo y se viene á Madrid; y como soy pobre y tengo en Madrid una tia, nada mas natural que pedirla hospitalidad.

MÓNICA. ¡Ah! Vamos, voy comprendiendo... yo soy la tia de usted.

ADOLFO. Exactamente. Pero como eres pobre te lamentas con amargura de la inesperada venida de tu sobrino. Don Isidoro, hombre sencillo y de corazon noble, se compadece al ver tus lágrimas, y toma interés en el asunto cuando averigua que se trata de un músico. Tú, mientras tan-

to, entre suspiro y suspiro diriges algunos élogios á tu sobrino; diciendo, por ejemplo, que es un muchacho bellísimo, modesto, activo, que toca regularmente el violin, y por último, pronuncias estas palabras: ¡Ah, señor don Isidoro! Si al menos mi pobre sobrino pudiera encontrar en usted un protector, etc., etc.

MÓNICA. Veo que es usted, señor marqués, uno de los hombres mas temibles de Madrid.

ADOLFO. Gracias por el elogio. Don Isidoro tiene, como todos los hombres, su punto vulnerable. En hablándole de música, en diciéndole que es un maestro de la buena escuela, no es difícil conquistarse por completo su amistad; y una vez admitido como discípulo del padre, yo buscaré el camino que me conduzca recto al corazon de la hija. ¿Qué te parece mi plan?

MÓNICA. Admirable, señor marqués.

ADOLFO. Mónica, veo que te olvidas con demasiada facilidad de que soy tu sobrino, que me llamo Adolfo, que no tengo mas patrimonio que este violin y mi ciego entusiasmo por la música. Así pues, desde hoy voy á instalarme en tu buhardilla: ya he dado órdenes á Ramon, mi mayordomo, para que mande un catre y un par de colchones. Esta aventura me distraerá por algunos dias.

MÓNICA. Pero ¿va usted á vivir en una buhardilla, acostumbrado á un palacio?

ADOLFO. ¡Ah! Tú no puedes figurarte las horas de aburrimiento, de fastidio, que pasamos los ricos. Muchas veces creo que el dinero es una calamidad.

MÓNICA. Nada mas fácil que librarse de ella.

ADOLFO. Sí, arrojando mi fortuna al mar, como hizo el filósofo Cretes; pero yo no soy tan loco como el sabio de Atenas. Aquí tienes la carta. (*Dándosela. Mónica la lee en voz baja. Aparte.*) En Madrid no hay una vieja mas temible que la señora Mó-

nica: Celestina la de Calisto y Melibea seria una infeliz á su lado. (*Levantando la voz.*) Ahora dáme la llave de tu buhardilla. Voy á vestirme con el traje que corresponde á tu modesto sobrino. Procura restregarte los ojos ó llora de veras; eso no debe ser muy difícil para tí. (*Mirando el reloj.*) Las cuatro y media. ¡Diantre! No pueden tardar: el tren habrá llegado. Adios: te dejo sola. (*Se oye ruido en la escalera y una voz que dice:* «¡Señora Mónica! ¡señora Mónica!)»

MÓNICA. ¡La voz de don Isidoro! ¡Pronto, señorito, pronto! (*Adolfo salta por la ventana. Mónica se restrega exageradamente los ojos y se pellizca los carrillos. Abre la puerta y dice levantando la voz:*) Estoy aquí, señor don Isidoro; he entrado á limpiar la sala y arreglar el canario.

ESCENA II.

MÓNICA, D. ISIDORO, MARIA y BAUTISTA, entrando por la puerta. MARIA viste traje de hombre; D. ISIDORO lleva debajo del brazo un figle, BAUTISTA un violin, un redoblante y varios papeles de música. El traje de estos personajes debe ser escesivamente modesto y algo antiguo.

MARÍA. Buenas tardes, señora Mónica. (*Dándola un beso.*)

D. ISIDORO. ¡Hola, vecina! Es usted nuestra Providencia, pues gracias á su bondad el gato y el canario no carecen de nada durante nuestras escursiones.

BAUTISTA. Señor maestro, ¿tengo que traer algo de la plazuela?

D. ISIDORO. (*Dirigiéndole una mirada compasiva.*) ¡Oh! Tú no tienes nada de artista, tú no llegarás nunca á la altura de los grandes músicos: te ocupas demasiado del estómago. Toma, trae dos libras de patatas y tres huevos. ¡Ah!... Compra un

cuarto de escarola. Cuando no tengo postres me parece que no ceno.

BAUTISTA. (*Riéndose.*) ¡Patatas!...

D. ISIDORO. ¿De qué te ries, tonto?

BAUTISTA. Porque á usted le gustan las patatas y á mí tambien.

D. ISIDORO. Bautista, estoy plenamente convencido de que tú no hubieras inventado nunca la pólvora.

BAUTISTA. Puede que tenga usted razon. (*Aparte.*) ¡Qué talento tiene mi maestro! ¡Cómo conoce á los hombres! (*Desaparece por la puerta de la izquierda. María, despues de recorrer la escena con infantil alegría y dejar el sombrero y la capa de su padre en el capero, se dirige á la ventana y se detiene junto á las macetas.*)

MARÍA. Ya estoy aquí, señoras flores; no me he olvidado de ustedes; ni de usted tampoco, señor canario; lo único que siento cuando abandono esta buhardilla es no llevaros conmigo; pero gracias á la señora Mónica, nuestra vecina, me marcho tranquila, pues sé que no careceis de nada.

D. ISIDORO. Dices bien, María. (*Reparando en Mónica, que sentada en una silla en el estremo del teatro, oculta el rostro con un pañuelo.*) Pero ¡calla! ¿qué hace usted ahí tan retirada? (*Acercándose á Mónica.*) ¿Llora usted? ¿A qué vienen esas lágrimas? (*Cogiéndola cariñosamente por un brazo y conduciéndola al proscenio.*)

MARÍA. (*Reuniéndose á su padre.*) ¡Llorar! ¿Por qué?

MÓNICA. No es nada, absolutamente nada, vecino. (*Continúa llorando y enjugándose las lágrimas*).

D. ISIDORO. ¿Qué es eso? ¿Trata usted de ocultarnos sus penas? ¿No somos bastante amigos para que le inspiremos confianza? La pobreza es un parentesco que une á las criaturas; los que no tenemos otro patri-

monio que el trabajo, debemos unirnos, protegernos y ayudarnos: no hay hombre, por pobre que sea, que no pueda alguna vez en su vida tener la inmensa dicha de enjugar una lágrima á su prójimo.

MARÍA. (*Con ternura.*) Vamos, señora Mónica, no nos oculte usted nada. ¿Qué pena la aflije? ¡Seria tan dulce para nosotros poderle ser útil!...

MÓNICA. (*Cogiendo una mano de María y cubriéndola de besos.*) ¡Ah! Bien dicen en el barrio, que son ustedes dos ángeles. Lea usted, lea usted, señor don Isidoro, esta carta, y sabrá la causa de mis lágrimas. (*Don Isidoro coge la carta, la abre, y dirige una mirada intencional á Mónica.*)

D. ISIDORO. Diga usted, vecina, ¿se puede leer esto en voz alta?

MÓNICA. ¡Ah! sí señor; puede oirlo María.

D. ISIDORO. Entonces la leerá ella, que tiene la vista mas clara.

MARÍA. (*Leyendo.*) «Querida tia: Pocas horas des»pues de recibir esta carta me hallaré »en Madrid. Comprendo el asombro que »causará á usted esta noticia, y el dolor »que sentirá mi querida madre; pero es»toy resuelto: quiero ser músico, quiero »conquistarme un nombre, realizar los »hermosos sueños que hace tantos años »acaricia mi corazon. Una esperanza me »alienta en este momento, y es que un »dia, tal vez no muy lejano, podré vol»ver á mi pueblo y decirle á mi buena »madre: «Tu hijo ha adquirido un nom»bre y una fortuna que viene á ofrecerte, »en pago de lo mucho que le amas, de lo »mucho que por él has sufrido.» A nues»tra vista enteraré á usted de la terrible »lucha que he mantenido conmigo mis»mo antes de tomar tan estrema resolu»cion.—Su sobrino, *Adolfo.*»

MÓNICA. Ya ve usted si soy mujer desgraciada.

¡Bueno está Madrid para los que vienen de provincias sin mas patrimonio que la buena fé y las ilusiones de la juventud!

D. ISIDORO. Dice usted bien, vecina... Mas ¿qué quiere usted hacerle? Los jóvenes tienen ambicion, y muchas veces la reducida localidad de un pueblo les ahoga.

MÓNICA. Yo bien conozco que mi sobrino Adolfo es un muchacho aplicado y juicioso. Sabe tocar el piano y el violin... ¡oh! sobre todo el violin lo toca de una manera que muchas veces nos ha hecho llorar á su madre y á mí.

MARÍA. Entonces no debe usted desconsolarse. Siendo un buen profesor, en Madrid no se morirá de hambre.

MÓNICA. Teniendo un protector que le dé buenos consejos. Usted, señor don Isidoro, podrá servirle de mucho.

D. ISIDORO. Desgraciadamente mi nombre, como músico, no pasa de ciertos pueblos de la provincia. ¡Valgo tan poco!

MÓNICA. Usted tiene esperiencia, usted es un hombre honrado y trabajador, y podrá encaminar á mi sobrino por la senda de la virtud.

D. ISIDORO. Sí; pero por esa senda no se llega nunca á ser un Meyerbeer ó un Rossini; y como su sobrino de usted no viene á Madrid á ser un Vicente de Paul ó un Juan de Dios, sino un gran músico...

MARÍA. ¿Y quién sabe si lo será? ¿Conocemos nosotros, por ventura, al sobrino de la señora Mónica?

D. ISIDORO. ¡Líbreme Dios de juzgar á un profesor á quien no he tenido el gusto de oir!

MÓNICA. De todos modos ha sido una locura, una calaverada la de ese muchacho.

D. ISIDORO. Vaya, vaya, no hay que afligirse, vecina. Cuando llegue su sobrino de usted que pase á verme.

MÓNICA. ¡Pues si ha llegado esta mañana y está con unas ganas de conocer á ustedes!...

D. ISIDORO. ¿Quién se lo impide? Que venga cuando le dé la gana.

MÓNICA. Es usted el hombre mejor del mundo. Voy, voy á buscarle, y si usted se decide á ser su maestro, su protector, confio que aún sacaremos partido de mi pobre Adolfo. (*Mónica desaparece por la puerta que conduce á la escalera.*)

ESCENA III.

MARIA, D. ISIDORO, despues BAUTISTA con una cesta en la mano.

MARÍA. ¡Bien, padre mio, bien! Acaba usted de causar un placer á la señora Mónica.

D. ISIDORO. Mónica es una buena vecina. Aunque hace poco tiempo que la conocemos, nos ha prestado algunos servicios, y si su sobrino es efectivamente músico, procuraré en todo cuanto esté de mi parte que se gane la subsistencia.

BAUTISTA. (*Saliendo.*) Conque me ha dicho usted dos libras de patatas... ¿y qué mas?

D. ISIDORO. Tres huevos y un cuarto de escarola. Anda, hijo mio, anda; eres un zoquete, y veo que, como siempre, no te caben dos cosas en la cabeza. ¡Ah!... Cuando vuelvas recoge el bombo de casa del carpintero, que ya debe estar compuesto. (*Bautista se rie.*)

BAUTISTA. Me parece que el maestro me ha encargado muchas cosas; de seguro se me olvida algo. (*Desaparece por la puerta que conduce á la escalera.*)

MARÍA. Voy á ponerme mi traje de mujer; no quiero que el sobrino de la señora Mónica me vea por la primera vez con este disfraz de hombre.

D. ISIDORO. Anda con Dios, coquetuela; pero aunque me tengas por un adulador, te diré que tú siempre estás hermosa.

MARÍA. Le recomiendo á usted mucho al nuevo discípulo.

D. ISIDORO. Á quien tú no conoces.

MARÍA. Precisamente por lo mismo. Hasta luego. (*María desaparece por la puerta de la izquierda. Don Isidoro la sigue un momento con la vista; luego fija una mirada en el retrato que se halla suspendido de la pared del foro.*)

ESCENA IV.

D. ISIDORO solo.

D. ISIDORO. Ilustre maestro, glorioso antecesor de mi familia, si el nuevo discípulo á quien espero no posee el arco de Ulises ni tiene ejecucion para admirar á Penélope, perdona su osadía al verle empuñar el instrumento con que tú causabas la admiracion de tus contemporáneos; perdónale como me perdonas á mí, tu humilde nieto, al verme de director de una Murga, y recorriendo los pueblos tocando polkas y marchas detrás de las procesiones.

MÓNICA. (*Desde la puerta.*) ¿Nos dá usted su permiso?

D. ISIDORO. ¡Adelante, vecina! (*Don Isidoro se pone las gafas, se arregla un poco la corbata y el cuello de la camisa, y fija una mirada investigadora en Adolfo, que entra en la escena empujado por Mónica. Adolfo viste uno de esos trajecillos modestos y algo anticuados, tan comunes en los señoritos de pueblo.*)

ESCENA V.

D. ISIDORO, ADOLFO y MÓNICA.

MÓNICA. Aquí tiene usted á mi sobrino. Anda, hombre, anda, no tengas vergüenza.

D. Isidoro. ¡Adelante, adelante, amigo mio! (*Aparte.*) Pues no tiene mala facha.

Adolfo. Dispense usted, caballero, si mi carácter corto y tímido... y además, como mi querida tia me ha dicho que es usted un distinguido profesor de música...

D. Isidoro. Desgraciadamente, si bien soy profesor, no soy distinguido.

Mónica. Vamos, vecino, que ya me daria yo con un canto en los pechos si mi sobrino supiera tanto como usted.

D. Isidoro. Pues sabria bien poco.

Adolfo. Bien decia mi profesor de latin, que los sabios siempre han sido modestos.

D. Isidoro. Entonces tengo yo una cualidad de sabio: la modestia. Pero hablemos si á usted le parece de nuestro pleito.

Mónica. ¿Van ustedes á hablar de música? Entonces, con su permiso, me iré á disponer la cena y la habitacion de mi sobrino.

D. Isidoro. Vaya usted adonde guste; entre nosotros debe reinar siempre la mayor confianza.

Mónica. Hasta luego, señor don Isidoro. (*Váse por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

D. ISIDORO y ADOLFO.

D. Isidoro. Puesto que nos dejan solos echaremos un párrafo de música. Veamos, jóven: ¿qué instrumento toca usted?

Adolfo. ¿Yo? Casi todos.

D. Isidoro. ¡Hombre! Creo que es preferible tocar uno y tocarlo bien.

Adolfo. ¡Qué quiere usted! Allá en el pueblo me aburria; mi bello ideal era la música, y mataba el tiempo dedicándome, ora al violin, ora al cornetin, despues al clarinete, y así iba recorriéndolos todos.

D. Isidoro. Pero indudablemente daria usted la preferencia á alguno.

Adolfo. Mi instrumento favorito siempre ha sido el violin.

D. Isidoro. Jóven, un célebre músico aleman ha dicho que el violin es un instrumento inventado por el diablo para eterna desesperacion de los hombres; es muy difícil poseerlo á la perfeccion: en el mundo no se encontrarán media docena de profesores que conozcan todos los tesoros, toda la increible riqueza de armonías que ocultan el arco con su sencillez y las cuerdas con su rígida tirantez.

Adolfo. (*Fingiendo humildad.*) Conozco que he sido un loco ridículo pretendiendo ser profesor de violin, profanando un instrumento con el que Tartini hacia recordar la música de los dioses. En mis manos será un instrumento gruñon, desagradable; pero le amo con toda el alma, y por poseer sus secretos un solo año daria mi existencia.

D. Isidoro. (*Estrechando con entusiasmo la mano de Adolfo.*) Jóven, mientras usted hablaba, he creido ver cruzar por esa frente algo parecido á la llama del genio.

Adolfo. Señor don Isidoro...

D. Isidoro. Yo me felicito de hallar en usted tan buenas disposiciones. Veamos á qué altura se encuentra usted de ejecucion.

Adolfo. ¡Ah! ¿Quiere usted oirme? ¡Qué dicha tan inmensa para mí! ¡Divina diosa de la música, inspírame!... Voy por mi violin. (*Váse precipitadamente.*)

ESCENA VII.

D. ISIDORO solo.

D. Isidoro. Pues señor, este chico es todo entusiasmo, todo genio. (*Se oye tocar desde dentro el solo de violin de* Los Lombardos.) ¡Caracoles! ¿Será él?

Mónica. (*Asomándose á la ventana.*) ¿Oye usted? ¡Es él, es Adolfo, es mi sobrino!

D. Isidoro. Sí, sí, ya le oigo. Pero ¿por qué no entra?

MÓNICA. Como es tan corto de genio, me ha dicho que le daba vergüenza tocar delante de usted.

D. ISIDORO. ¡Silencio! ¡silencio, vecina! (*Se retira doña Mónica.*) ¡La música! ¡la música! Arte sublime, lenguaje universal que penetra en todos los corazones, que comprenden todas las criaturas, desde el salvaje que habita en las incultas regiones de Africa, hasta el hombre ilustrado de las ciudades de Europa. ¡Bravo! ¡bravísimo! ¡Si este muchacho toca mas que Paganini! Estoy seguro que mi abuelo está pasando un gran rato. ¡Sublime! ¡sublime *fermata!* Adolfo, ven, hijo mio, (*cesa el violin*), dáme un abrazo; eres un gran profesor.

ESCENA VIII.

D. ISIDORO, ADOLFO con el violin en la mano.

ADOLFO. Mi buen maestro... (*Se abrazan.*)

D. ISIDORO. ¿Á ver, jóven, á ver? ¡Dios mio! ¡Es un Antonio Amati! ¿De dónde diablos ha sacado usted este instrumento? Es una joya, y desde ahora apuesto mi violin, que es un Stradivarius verdadero, á que no se encuentran tres como él en todo Madrid.

ADOLFO. Ignoro su procedencia: siempre lo he visto en mi casa: con él he aprendido á tocar; pero si efectivamente es de tanto mérito, tendria un verdadero placer en que lo aceptara usted como un recuerdo mio.

D. ISIDORO. ¿Está usted loco? De ninguna manera. Un Antonio Amati no debe aceptarse de manos de un profesor de violin, porque su prodigiosa construccion puede influir poderosamente en su nombre, en su fama, en su gloria.

ESCENA IX.

D. ISIDORO, ADOLFO y MARIA.

ADOLFO. ¡Ah! ¡No estamos solos!

D. ISIDORO. Ven, ven, hija mia. ¿Supongo que habrás oido?

MARÍA. (*Conmovida.*) Sí, padre mio. Este jóven será el sobrino de la señora Mónica...

ADOLFO. El mismo, señorita; y pido á usted y á su padre perdon por la molestia que les causo...

D. ISIDORO. ¡Molestia! Nada de eso, amigo mio. Usted es un profesor aventajado, y yo estoy verdaderamente complacido en conocerle. ¡Ah! En algun tiempo hubiera podido serle útil, cuando me hallaba al frente de la orquesta del teatro de la Cruz; pero hoy la vejez me tiene arrinconado. Soy un pobre músico, un infeliz festero; pero en fin, si usted no tiene grandes pretensiones...

ADOLFO. Soy pobre; mi patrimonio es el trabajo.

D. ISIDORO. Entonces ya buscaremos el modo de que gane usted la vida. Me acompañará á las funciones de los pueblos, formará parte de la banda musical que dirijo, y que por las noches recorre las calles de Madrid dando serenatas; en una palabra, será usted... eso que se llama vulgarmente un músico de la Murga; lo cual no produce mucha honra, pero en cambio proporciona un pedazo de pan.

ADOLFO. Estoy dispuesto á hacer todo cuanto usted me mande, y me creeré honrado teniéndole por maestro y consejero.

D. ISIDORO. Me complace encontrar en usted el mérito y la modestia reunidos; creo que seremos buenos amigos.

ADOLFO. Esa es toda mi ambicion.

D. ISIDORO. Una pregunta. ¿Tiene usted buena voz?

ADOLFO. Allá en mi pueblo, decia mi maestro, el

honrado organista, que era mi voz de barítono y de mucha estension; pero el pobre don Natalio me queria demasiado...

D. Isidoro. ¡Voz de barítono! ¿Lo oyes, María? Tiene voz de barítono, la voz que nos hace falta, la voz que necesitamos. Venga un abrazo, jóven, venga un abrazo.

Adolfo. (*Abrazándole.*) ¡Ah, señor don Isidoro!...

D. Isidoro. Estoy contento, sí señor, muy contento; yo no sé ocultar las emociones de mi alma. Si usted canta como toca, que vengan todos los festeros de Madrid á ponerse á mi lado, que presenten si se atreven un terceto mas brillante que el que yo podré ofrecer lleno de orgullo á las hermandades religiosas de los pueblos que hace años me honran encargándome la parte musical de la fiesta. Usted barítono, mi hija tiple, y yo, aunque sea inmodestia decirlo, soy un bajo profundo que espero hacer honor á mis compañeros. ¿Pero tú no dices nada, María? ¿tú no te entusiasmas al pensar la admiracion que causaremos en Pinto y demás pueblos de la provincia cuando los tres reunidos en el coro entonemos el *Salve Mater dolorosa*?

María. Yo, padre mio, estoy contenta, muy contenta tambien. Cuando encuentro á un buen profesor le admiro y le aplaudo en silencio. Si es pobre como yo, si no tiene otro patrimonio que el trabajo y la honradez, y es entusiasta como usted por la música, entonces, tendiéndole una mano, le digo: ¿Quiere usted ser hermano mio?

Adolfo. (*Con emocion y estrechando la mano de María.*) ¡Oh, señorita! Yo no merezco tanta honra.

D. Isidoro. Bien, hija mia, bien; dáme un abrazo. Estoy orgulloso de ser tu padre, tan orgulloso como de haber tenido por abuelo al ilustre original de este retrato.

(*Dándose una palmada en la frente como si se le ocurriese una gran idea.*) Estoy seguro que este pensamiento que acaba de cruzar por mi imaginacion, me lo ha sugerido el retrato de mi abuelo. (*Entra en el pabellon de la izquierda, saca un violin demostrando el profundo respeto que le inspira, y acercándose á Adolfo, que habrá seguido todos sus movimientos con marcada curiosidad, dice:*) Jóven, con este violin recorrió mi abuelo la Europa, causando la admiracion de sus contemporáneos. Él ha sido la única herencia que me legó mi padre, él es el único dote que legaré á mi hija. Yo, pobre viejo, ya no puedo empuñar su arco sin profanarlo. María, coge el violin de Adolfo; Adolfo, tome usted el violin de mi abuelo; allí en el atril teneis en facha, y esperándoos, las *Siete Palabras* que yo compuse en mi juventud. Respetad este capricho de la vejez, dejadme oir por un momento los inmensos tesoros de armonía de un Stradivarius y un Amati. Jóvenes, no olvideis que los muertos os escuchan desde sus tumbas.

MARÍA. ¡Pero, padre mio, yo no puedo tocar á duo con Adolfo! Él tiene mucha mas ejecucion que yo.

D. ISIDORO. ¡Bah! ¡bah! ¡bah! Aquí no se trata de un concierto en el teatro con un profesor rival. Adolfo es un muchacho sin pretensiones, á quien no hace mucho acabas de dar el nombre de hermano. Conque manos á la obra; estamos solos, olvidémonos del mundo por un momento, y oiga yo resonar en los modestos ámbitos de esta buhardilla mis *Siete Palabras*, mi obra favorita: tú, María, harás el acompañamiento. Aquí dentro de mi humilde cuarto de estudio. No quiero turbaros con mi presencia; oiré desde la puerta. El autor es siempre una nube

que empaña los ojos de los artistas. Entrad, hijos mios.

MARÍA. Preciso será resignarse.

ADOLFO. Soy muy mal repentista, y este duo va á desacreditarme á los ojos de mi maestro. (*Entran en el pabellon Adolfo y María.*)

D. ISIDORO. (*Desde la puerta.*) Oido y compás. ¡Á una! (*Don Isidoro dirige el duo con un rollo de papeles que lleva en la mano, demostrando en su bondadoso semblante la inmensa felicidad que las notas musicales derraman en su alma. De vez en cuando se enjuga las lágrimas, pronunciando palabras entrecortadas. Los profesores deben tocar, si es posible, el andante espresivo del primer duo de violines de la obra cuarta del maestro* Loulié, *ú otra melodía del género aleman.*) ¡Oh! ¡magnífico! ¡magnífico! Ta, ran, to, ti, la, ra... ¡Sublime! Tiru, tiru, tiru... ¡Bravo! Me parece imposible que haya yo escrito una cosa tan sobresaliente. Tam, tam, tam. ¡Oh, Dios mio! ¡Si fueran hermanos! ¡si fueran hermanos!... Yo recorreria el mundo, yo... ¡Bravo, Adolfo! ¡Bravísimo, María! ¡Oh, sublime arte de la música! (*Don Isidoro, en un momento de entusiasmo, levanta los brazos al cielo, se queda estático contemplando á los dos jóvenes. En este momento se oyen á la puerta de la buhardilla dos terribles golpes de bombo. Don Isidoro palidece, sus facciones revelan el disgusto que esperimenta. María lanza un grito. Cesa la música.*)

MARÍA. ¡Ay!

ADOLFO. ¡Salvaje!

D. ISIDORO. ¡Asesino! (*Corriendo hácia la puerta de la buhardilla, que abre bruscamente, y entra trayendo cogido por una oreja á Bautista, que viene cargado con un bombo y una cesta.*) ¡Hé aquí al profano!

ESCENA X.

DICHOS, BAUTISTA.

BAUTISTA. ¡Pero, señor maestro, si yo...

D. ISIDORO. (*Conduciéndole hasta el proscenio.*) ¡Desgraciado! ¿No oiste el canto sublime de los cisnes? ¿No escuchaste el lamento de dolor de una madre sin consuelo? ¡En qué mal hora quisiste probar la fuerza de tus puños en el horrible instrumento á que te he dedicado por tu inutilidad musical!

BAUTISTA. ¡Pero si yo no fuí, señor don Isidoro!

D. ISIDORO. ¡Silencio, antropófago de la melodía!

BAUTISTA. ¡Si fué el muchacho del zapatero que vive en la buhardilla de enfrente! Siempre que me encuentra con el bombo, le sacude un par de puñetazos al parche, que el dia menos pensado me lo rompe.

D. ISIDORO. Deja ese bombo y esa cesta, quítate la gorra y pide perdon á este jóven, á quien desde hoy tendrás por un compañero ilustrado.

BAUTISTA. ¡Ah! ¿Conque usted es músico tambien? Pues no ha escogido muy buen oficio que digamos.

D. ISIDORO. ¡Zoquete! ¿Te atreves á llamar oficio al sublime arte de la música?

MARÍA. Bautista no siempre aplica á las cosas el verdadero nombre.

BAUTISTA. Eso es, María, eso es. Vaya, pues me alegro de que el señor sea un compañero... mártir.

ADOLFO. Sí, amigo mio; don Isidoro me admite por discípulo, y desde este momento puede usted contarme por su amigo.

BAUTISTA. Bueno, seremos amigos; eso no cuesta nada. (*Dando la mano á Adolfo.*) ¡Qué memoria la mia! Señor maestro, he encontrado al dependiente de don Macario, que venia por los papeles de la misa.

D. ISIDORO. ¡Diantre! ¡diantre! Se me habia olvidado ese trabajo. Afortunadamente falta poco. Á ver, Adolfo, ¿sabes tú copiar música?

ADOLFO. (*Aparte.*) ¡Hola! Me tutea: esto no me disgusta. (*Levantando la voz.*) Copio regularmente. Allá en el pueblo me dedicaba algunos ratos.

D. ISIDORO. Entonces siéntate aquí, hijo mio. (*Indicándole la mesa.*) Todas las horas son buenas para el trabajo, que es la primera virtud de los pobres.

ADOLFO. (*Aparte y sentándose.*) Forzoso será conocer la virtud del trabajo.

D. ISIDORO. Puedes terminarme la parte del fagot.

ADOLFO. (*Aparte.*) Este pobre viejo tiene algo en el semblante que me inspira respeto.

D. ISIDORO. Tú, María, te sientas aquí. (*Indicándole la mesa de enfrente.*) Si trabajais con fé, antes de media hora pueden estar sacados los papeles de la misa. (*Don Isidoro coge la cesta y saca un cuchillo del armario del foro.*) Dime, Bautista, ¿has recogido la lista de las casas que hemos de recorrer esta noche?

BAUTISTA. Iré si usted quiere á casa del señor Antonio el figle por ella.

D. ISIDORO. Anda, hijo mio, anda y no tardes. (*Váse Bautista.*) ¡Oh! ¡cuánto siento no poder ayudaros!

MARÍA. Concluimos pronto.

ADOLFO. Cuando se trabaja con fé se gana mucho tiempo.

D. ISIDORO. Yo, hijos mios, no puedo copiar; me tiembla la mano y tengo muy gastada la vista: soy verdaderamente un viejo inútil, una carga pesada para mi pobre María.

MARÍA. Señor maestro, le prohibo que continúe sus lamentaciones; de lo contrario, no respondemos de la exactitud de la copia. ¿Es verdad, Adolfo?

ADOLFO. Sí, sí; se prohibe hablar.

D. ISIDORO. Entonces mondaré patatas, y ese trabajo

tendremos adelantado para hacer luego la tortilla. (*Comienza á mondar las patatas y á pasearse por la escena con la cesta colgada del brazo; de vez en cuando dirige una mirada llena de ternura á los jóvenes, que continúan trabajando.*) ¡Oh! ¡Si fueran hermanos, qué fortuna para mí! Pero eso es imposible. Mientras ellos trabajan voy á dar una buena noticia á mi vecina, á decirla que su sobrino no se morirá de hambre en Madrid. (*Se dirige hácia la puerta de la escalera, pasando antes por detrás de Adolfo y mirando la copia.*) Este chico no tiene desperdicio; copia con una limpieza admirable; es casi una litografía su trabajo. Vuelvo al momento, hijos mios, vuelvo al momento. (*Desaparece por la puerta de la escalera.*)

ESCENA XI.

MARIA y ADOLFO escribiendo cada cual en su mesa.

ADOLFO. (*Aparte.*) Nos deja solos: no me parece conveniente la confianza de mi maestro. ¡Cuidado qué es bonita!

MARÍA. ¡Adolfo! (*Sin levantar la cabeza.*)

ADOLFO. (*Levantándose de la silla.*) ¿Me llama usted? (*Hace un movimiento para acercarse á la mesa de María.*)

MARÍA. Sí, pero no deje usted la copia; corre mucha prisa; podemos hablar y trabajar al mismo tiempo.

ADOLFO. (*Se sienta despues de un momento de lucha.*) Dice usted bien.

MARÍA. Lo primero es el trabajo.

ADOLFO. ¡Ya lo creo! Sobre todo para nosotros los pobres.

MARÍA. ¿Qué le ha parecido á usted la composicion de mi padre?

ADOLFO. Que está llená de ternura, de sentimiento, de inspiracion.

MARÍA. Mi pobre padre es muy desgraciado. Otros con menos talento musical han adquirido un nombre y una fortuna.

ADOLFO. ¿Qué mayor fortuna que tener á usted por hija?

MARÍA. Gracias, Adolfo. Recibo con gusto esa lisonja, porque le conceptúo á usted como á un hermano.

ADOLFO. (*Levantándose.*) Es usted un ángel.

MARÍA. Admito la calificacion, aunque no me creo merecedora á ella; pero prohibo á usted que deje el trabajo.

ADOLFO. (*Aparte y sentándose.*) La natural sencillez de esta muchacha me impone de un modo... Soy un cobarde. (*Se pone á escribir.*) ¿Existirá la virtud?... ¡Oh! Si ella resiste á la prueba que voy á someterla... Ramon no puede tardar... Creo que es una infamia todo lo que estoy haciendo, todo lo que he tramado contra esta pobre muchacha y su infeliz padre.

MARÍA. (*Despues de una pausa.*) ¡Cómo se va usted á reir de mí!...

ADOLFO. ¿Quién, yo?

MARÍA. Sí, usted.

ADOLFO. ¿Por qué?

MARÍA. Porque supongo que esta noche vendrá usted con nosotros á dar serenata por las calles.

ADOLFO. (*Aparte.*) ¡Pues no faltaba otra cosa! Si por casualidad tropezara con alguno de mis amigos...

MARÍA. Prométame usted no reirse de mí cuando me vea vestida de hombre.

ADOLFO. (*Aparte.*) Así la vi por vez primera, y estaba encantadora. (*Levantando la voz.*) ¡Ah! ¿Conque usted se viste de hombre?

MARÍA. Hace ocho años que solo uso el traje de mujer cuando estoy en casa; mi padre me lleva á todas partes disfrazada de hombre. De este modo, confundida entre los profesores, nadie se fija en mí, y gano la parte que me corresponde. Esto ha si-

do un capricho, hijo de la necesidad, pues ya puede usted figurarse el mal efecto que haria en las fiestas de los pueblos y en las calles de Madrid ver en medio de una banda de músicos á una muchacha jóven tocando el violin ó el cornetin.

ADOLFO. Estará usted encantadora con el traje masculino.

MARÍA. Pues mire usted, yo creo lo contrario. ¡Pero, Dios mio, qué habladora estoy! Á trabajar, á trabajar. (*Sigue copiando.*)

ADOLFO. (*Aparte.*) Dicen que se connaturaliza uno con la atmósfera que respira... Allá veremos... ¡Cuánto tarda Ramon! (*Mirando hácia la puerta.*) ¡María!

MARÍA. ¿Otra vez? Le prohibo á usted que me dirija la palabra. Están esperando la copia. Á trabajar.

ADOLFO. (*Aparte.*) Indudablemente esta muchacha, con su candor, con su senciliez, se va apoderando de mi voluntad... Soy un estúpido.

MARÍA. Por hablar con usted he puesto una llave de *sol* por una llave de *fá*... ¿Tiene usted ahí el raspador? (*Se acerca á la mesa de Adolfo, lo buscan los dos, Adolfo la coge la mano, María se rie y dice:*) No, no, esto no es el raspador; es mi mano. Aquí está lo que busco. (*Se vuelve á su mesa.*)

ADOLFO. (*Aparte.*) Creo que voy caminando á paso de gigante hácia la imbecilidad. (*Levantando la voz.*) ¡María!

MARÍA. Le advierto á usted que nos queda muy poca luz, y es preciso acabar antes que anochezca.

ADOLFO. María, usted me dió hace poco el dulce nombre de hermano. Seria un ingrato, un mal hombre, si no correspondiera á tan grata confianza. No quiero pues tener secretos para usted, y voy á decirla lo que siente en este instante mi corazon.

MARÍA. ¿Y qué es lo que siente?

ADOLFO. Un profundo dolor por haberla conocido.

MARÍA. Muchas gracias.

ADOLFO. No se enfade usted conmigo antes de oirme. Yo tengo un alma de artista, alma impresionable. Ella me hizo salir de mi humilde pueblo en busca de la gloria, ella me inspira en este momento hácia usted un respeto, una gratitud sin límites; pero al mismo tiempo me dice: «Adolfo, María es jóven, es bella; tiene un corazon de artista, un talento musical de primer órden, y es una gran desgracia para tí el haberla conocido.»

MARÍA. (*Con inocente sencillez.*) Pues á mí me sucede lo contrario; estoy muy contenta de haberle conocido á usted.

ADOLFO. ¿De veras?

MARÍA. Yo no he mentido nunca.

ADOLFO. (*Aparte.*) ¿Tendrá razon Mónica? (*Levantando la voz.*) Cada instante que trascurre descubro en usted nuevos encantos, y repito lo mismo: deploro el haberla conocido.

MARÍA. ¡Dále! ¿Se va usted á volver grosero despues de haber sido tan galante conmigo?

ADOLFO. Es que temo amar á usted, y que usted ame á otro.

MARÍA. (*Despues de un rato de reflexion.*) ¡Amar! En verdad que nunca se me habia ocurrido semejante cosa.

ADOLFO. ¿Luego no ama usted á nadie?

MARÍA. Amo á mi padre.

ADOLFO. No, María, no; el amor que yo temo, el que me asusta es otro; por ejemplo, si usted amase á algun jóven.

MARÍA. ¡Bah! Los que tenemos que ganar el sustento con el trabajo, nos queda poco tiempo para amar como usted supone.

ADOLFO. (*Aparte.*) Soy un doctrino en estas cuestiones de amor platónico.

MARÍA. (*Aparte.*) ¿Por qué me preguntará Adolfo si amo á algun jóven? (*Momento de pausa. Aparece Ramon por la puerta de la escalera.*)

ESCENA XII.

DICHOS, RAMON.

ADOLFO. (*Aparte.*) ¡Ah! Por fin llegó.

RAMON. Dispensen ustedes si les interrumpo. ¿Está en casa don Isidoro Requena?

MARÍA. (*Levantándose.*) Voy á llamarle. (*Ramon baja al proscenio, va á dirigir la palabra á Adolfo, y este le hace una seña para que calle.*)

RAMON. (*Aparte.*) El señor marqués tiene caprichos bien originales.

MARÍA. (*Desde la ventana.*) ¡Padre! ¡padre! venga usted: está esperando un caballero.

D. ISIDORO. (*Desde fuera.*) ¡Allá voy, allá voy, hija mia!

ESCENA XIII.

MARIA, ADOLFO, RAMON y D. ISIDORO con la cesta al brazo y mondando patatas.

D. ISIDORO. Conque dices que... (*Reparando en Ramon.*) Servidor de usted, caballero.

RAMON. Supongo que tengo el honor de hablar con don Isidoro Requena...

D. ISIDORO. El honor es mio... ¿En qué puedo servir á usted?

RAMON. El asunto que me conduce á esta casa es bastante delicado, y aunque siento molestar á estos jóvenes, desearia quedarme solo con usted.

D. ISIDORO. Retírate, María; y tú, Adolfo, puedes ir un rato á ver á tu tia: te llamaré en cuanto este caballero se marche.

ADOLFO. (*Al pasar cerca de María.*) Ese hombre me da miedo: no le perderé de vista desde la ventana. (*Váse.*)

MARÍA. (*Aparte.*) ¿Por qué teme Adolfo? Mi padre no ha hecho daño á nadie. ¿Quién puede quererle mal? (*Váse por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIV.

D. ISIDORO y RAMON.

D. ISIDORO. Tome usted asiento, y puede hablarme con confianza.

RAMON. Ante todo, comenzaré por decir á usted que he meditado profundamente el paso que voy á dar. Soy hombre franco y me precio de honrado; poseo una fortuna de seis millones, he cumplido cincuenta años, y nunca los tribunales han tenido que entenderse conmigo.

D. ISIDORO. Todo eso es muy laudable; pero... usted dirá lo que quiere.

RAMON. Hasta cierta edad, mientras la sangre hierve en las venas y la mente se halla llena de ilusiones, el hombre no echa de menos la familia; pero para mí ha llegado la hora del aburrimiento: me canso de vivir solo, y he pensado buscar una compañera que me cuide, que me ame y que me ayude á gastar mi fortuna. Tengo la eleccion hecha; hace dos años que sigo á una jóven por todas partes: esa jóven es su hija de usted, y vengo antes de que ella me conozca, antes de dirigirle la mas leve palabra, á pedir á usted la mano de María.

D. ISIDORO. (*Despues de demostrar en su semblante el asombro y la sorpresa que aquella declaracion le causa, hace un esfuerzo para serenarse, y dice:*) Confieso, caballero, que en mi vida me he hallado en una situacion semejante. Mi hija es pobre, muy pobre: no tiene otro patrimonio que su virtud.

RAMON. Precisamente es lo que ambiciono. Soy bastante rico para que no carezcan ni ella ni usted de todo cuanto puedan apetecer.

D. ISIDORO. Sí, sí, pero...

RAMON. ¿Me encuentra usted tal vez demasiado viejo?

D. ISIDORO. No, no; pero...

RAMON. ¡Ah! Vamos, ya comprendo. María tendrá un amante.

D. ISIDORO. ¡Eh! Mi hija no ha tenido tiempo para esas cosas.

RAMON. Entonces dispense usted si le digo que no comprendo...

D. ISIDORO. Pues es muy sencillo, caballero: mi hija, como yo, estamos tan acostumbrados á ser pobres, que si llegáramos á tener seis millones, de fijo nos quitarian el sueño, porque no sabríamos en qué gastarlos. Pero en fin, en estas cuestiones ni quito ni pongo rey. ¡María! ¡María! ten la bondad de salir. (*Don Isidoro se acerca á la puerta, coge á su hija de la mano y la conduce hasta el proscenio.*) Oye, hija mia: este caballero, á quien no tengo el gusto de conocer, pero que posee una fortuna de seis millones, dice que toda su felicidad consiste en llamarse tu esposo. En cuestiones de matrimonio yo creo que los padres no deben hacer otra cosa que aconsejar, y mi consejo se reduce á que te cases con el hombre que ames de veras, aunque sea pobre como Job y lleve la levita raida.

MARÍA. Pues bien, padre mio, yo contesto á este caballero que le agradezco infinito que siendo tan rico se haya acordado de una pobre muchacha como yo; pero como nunca he ambicionado otra cosa que ver á usted contento y vivir á su lado, mi única felicidad consiste en permanecer soltera en esta buhardilla.

D. ISIDORO. Ya lo ha oido usted, caballero. Yo lo siento; pero no tengo mas voluntad que la suya.

RAMON. (*Que habrá dejado disimuladamente sobre la mesa una cartera.*) ¡Cómo ha de ser! No esperaba yo que pudieran des-

preciarse trescientos mil duros; no creo tampoco que sea este un motivo para desesperarme. Solo me resta pedir á ustedes perdon por la molestia que les he causado.

D. ISIDORO. ¡Oh! Nada de eso, caballero.

RAMON. (*Dirigiéndose hácia la puerta.*) Á los piés de usted, señorita. Señor don Isidoro... (*Don Isidoro le acompaña haciéndole saludos hasta la puerta.*)

D. ISIDORO. Vaya usted con Dios. (*Volviendo á la escena.*) Me alegro infinito que hayas echado por la ventana trescientos mil duros. Estoy seguro que ese hombre ni siquiera sabe tocar el punto de la Habana en una guitarra: no tiene cara de músico.

MARÍA. Además es muy viejo.

D. ISIDORO. Él mismo me ha confesado tener cincuenta años; y suponiendo que para casarse todo el mundo se quita media docena... Pero ¡calla! ¿Qué es esto? ¡Una cartera! ¿Será de Adolfo? (*Dirigiéndose á la ventana.*) ¡Adolfo! ya puedes venir: se marchó la visita. (*Entra Adolfo.*) ¿Es tuya esta cartera?

ADOLFO. (*Despues de mirarla.*) No señor. (*Se dirige á la mesa y se sienta á escribir.*)

D. ISIDORO. Entonces no hay duda, es de ese caballero que acaba de marcharse. (*Dirigiéndose precipitadamente hácia la puerta, por donde desaparece, gritando:*) ¡Caballero! ¡caballero!

ESCENA XV.

MARIA, ADOLFO.

ADOLFO. Gracias, gracias y gracias. Ya no me arrepiento de haber conocido á usted, porque usted es un ángel, porque usted, con la contestacion que acaba de dar á ese caballero, me ha devuelto el alma al cuerpo, que comenzaba á escaparse llena de temor y sobresalto.

MARÍA. ¡Pero, Dios mio! ¿está usted loco?

ADOLFO. Sí, sí, loco de felicidad.

MARÍA. Lo que acabo de hacer no me lo agradezca usted; tal vez sea una cuestion de vanidad.

ADOLFO. ¡Cómo!

MARÍA. Si algun dia me caso, no quiero que mi marido compre mi corazon con oro, sino con amor.

ADOLFO. Quisiera que entrara un hombre por esa puerta y me negara que es usted un ángel; tendria el gusto de despedazarle con mis manos.

MARÍA. ¡Qué exagerado!... Músico al fin.

ESCENA XVI.

DICHOS, D. ISIDORO.

D. ISIDORO. (*Sentándose en una silla con grandes muestras de cansancio.*) ¡Nada!... Se lo tragó la tierra. Dice el zapatero del portal que subió en un coche que le esperaba, y arrancó calle arriba como alma á quien persiguen los malos.

MARÍA. Pues bien, le llevaremos la cartera á su casa.

D. ISIDORO. Eso seria muy sencillo si supiéramos dónde vive.

ADOLFO. Tal vez en la cartera se encuentre alguna tarjeta con las señas de su domicilio.

D. ISIDORO. Decididamente este muchacho tiene talento. (*Adolfo continúa sentado copiando, don Isidoro abre la cartera, y al ver su contenido lleva la mano á los ojos restregándoselos.*) ¡Dios mio! ¡Esto solo me faltaba! Esta cartera está llena de billetes de banco. ¡Mirad! ¡mirad! ¡Oh! Indudablemente volverá, sí, volverá por ella; de lo contrario, me quitaria el sueño.

MARÍA. Pero ¿no hay ni un papel ni una tarjeta que nos indique...

D. ISIDORO. (*Con agitacion.*) Nada, hija mia, nada...

muchos billetes, muchos; mira, todos de cuatro mil reales. (*Contándolos en voz baja.*) ¡Ocho mil duros! ¡Á qué mala hora ha venido ese hombre á mi casa! (*Dejándose caer en una silla.*)

ADOLFO. (*Aparte.*) ¡Pobre viejo! Está pálido, trémulo. ¿Puede el dinero inspirar tanto miedo?

MARÍA. Padre mio, yo no quiero que se aflija usted de ese modo: si no vuelve ese caballero á recoger la cartera, la anunciaremos en el *Diario de Avisos.*

D. ISIDORO. Y en *La Correspondencia* y en todos los periódicos de Madrid, aunque para pagar los anuncios tenga que vender mi querido Stradivarius, el violin que heredé de mi padre y que constituye todo el dote de mi hija.

ADOLFO. (*Levantándose y acercándose á don Isidoro.*) Vamos, querido maestro, no hay motivo...

D. ISIDORO. (*Cogiendo de un brazo á Adolfo y mirándole con fijeza.*) ¿Que no hay motivo?... Pues lo hay, y muy grande. Figúrate por un momento que me robaran esta cartera (*la estrecha contra su pecho*) y luego viniera ese hombre á reclamármela... ¡Oh! Entonces... entonces me moriria de vergüenza y de dolor, seria capaz de arrojarme por la ventana de mi buhardilla.

MARÍA. ¡Padre mio! (*Abrazándole.*)

ADOLFO. (*Aparte.*) No me atrevo á mirarle: yo he subido á esta buhardilla por la honra de ese viejo, y temo avergonzarme de mí mismo.

MARÍA. Basta de disgustos, basta de cavilaciones; todo el mundo sabe que somos pobres. ¿Quién ha de subir á robarnos á nuestra buhardilla?

D. ISIDORO. Dices bien, hija mia, dices bien; somos pobres, muy pobres, todo el mundo lo sabe; yo me sofoco y me apuro sin moti-

vo; pero esta maldita cartera... ¿Dónde guardaré yo esta pícara cartera?... ¿Adónde?... ¡Ah! ¡sí! ¡ya! en el jergon de mi cama. Dáme unas tijeras. (*María hace todo lo que le dice su padre.*) Es preciso que no lo sepa nadie mas que nosotros; de este modo es muy difícil... Anda, enciende una luz, que ya no se ve gota. ¡Oh! Con tal de que ese hombre venga pronto por su dinero... (*María enciende un velon que habrá sobre la cómoda. Don Isidoro descorre la cortina de la alcoba, coloca el velon sobre la mesa de noche y figura descoser una punta del jergon para ocultar la cartera. Adolfo permanece de pié en medio del teatro como preocupado, dirigiendo de vez en cuando miradas á la alcoba.*) Mientras yo me ocupo de esto, puedes mudarte de traje; los compañeros ya no tardarán. (*María cruza la escena y desaparece por la primera puerta de la izquierda.*)

ADOLFO. (*Aparte.*) Me late el corazon como si acabara de cometer un crímen. ¡Qué estraño es todo lo que esperimento! ¿Será esto el remordimiento, que comienza á levantar su voz en el fondo de mi alma? (*Don Isidoro sale de la alcoba, abre uno de los cajones de la cómoda, saca un bolsillo de torzal y baja al proscenio.*)

D. ISIDORO. (*Suspirando.*) Ya estoy mas tranquilo. Escucha, Adolfo: á pesar del poco tiempo que nos conocemos, me inspiras gran confianza. María te ha llamado su hermano, y yo quiero llamarte mi hijo. Toma este bolsillo, contiene doce duros, todas nuestras economías; tú tienes talento, escribe los anuncios y llévalos á la redaccion. ¡Feliz yo si con este pequeño sacrificio me libro de la inmensa responsabilidad que echa sobre mí esa maldita cartera! (*Adolfo vacila un momento; por fin coge el bolsillo y lo guarda.*)

ADOLFO. Haré lo que usted me ordena.

D. ISIDORO. ¡Ay, qué bueno es ser pobre! Estoy seguro que esta noche no puedo cerrar los ojos, y eso que tendré por cama un jergon que vale ocho mil duros. (*Llaman á la puerta de la escalera. Don Isidoro lanza un grito.*) ¡Bendito sea Dios! Ahí está el hombre de la cartera. (*Corre á abrir la puerta, y aparece Bautista.*) ¡Ah! ¡no es él! (*Con desaliento.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, BAUTISTA.

BAUTISTA. Aquí tiene usted la lista de las casas que hemos de recorrer esta noche.

D. ISIDORO. Adolfo, ha sonado la hora de la Murga, ó lo que es lo mismo, de la profanacion. Toma este clarinete y dispónte á destrozar los oidos de los transeuntes. (*Don Isidoro se dirige al foro, coge el velon y lo traslada á la mesa del proscenio.*)

ADOLFO. (*Aparte.*) ¿Yo tocar el clarinete por las calles de Madrid? ¡Jamás!

D. ISIDORO. (*Leyendo en voz alta.*) Calle del Olmo, salchichería, casamiento; calle de la Cabeza, ultramarinos, lotería; calle del Olivar, zapatero, bautizo. Una, dos, tres, cuatro... no es mala racion. Bautista, ¿dónde están los compañeros?

BAUTISTA. Esperan en el portal.

D. ISIDORO. (*Se fija en Adolfo que permanece inmóvil con el clarinete en la mano.*) ¿Estás contemplando el clarinete? No vale mucho, pero es bueno para hacer ruido.

ADOLFO. El caso es que... francamente, como he venido en un coche de tercera, estoy un poco constipado y...

D. ISIDORO. ¿Y no tienes capa?

ADOLFO. Sí señor, eso es, no tengo capa.

D. ISIDORO. La noche está un poquillo fresca.

ADOLFO. Efectivamente, parece que hace frio.

(*Don Isidoro se dirige al capero, coge un talma y se lo pone á Adolfo.*)

D. ISIDORO. El talma no es muy bueno, pero sirve para cortar el aire; te levantas el cuello... así. Á los pobres toda la ropa les sienta bien: parece que le han hecho para tí.

ADOLFO. (*Aparte.*) Es preciso acceder á todo; de lo contrario, este hombre podria sospechar...

D. ISIDORO. Estaria contento á no ser por la cartera. (*Suspira.*) Tú, Adolfo, ayuda á llevar el bombo á Bautista.

ADOLFO. (*Aparte.*) ¡Esto mas! (*Duda un momento. Aparece María vestida de hombre con un pequeño cornetin en la mano, se acerca á Adolfo, y dice:*)

MARÍA. Hermano mio, vamos á ganarnos los garbanzos de mañana.

ADOLFO. (*Suspirando y aparte.*) Sea. Creo que he perdido hasta la fuerza de voluntad. ¡Oh! Si me llega á reconocer alguno de mis amigos, estoy divertido.

D. ISIDORO. ¡En marcha, hijos mios! (*Bautista y Adolfo rompen la marcha llevando el bombo, detrás les sigue María; Don Isidoro enciende un cabo de vela y apaga el velon; cierra la ventana, coge la llave de la puerta y el figle, y dice, dirigiendo una mirada hácia la alcoba:*) ¡Ah! ¡Si pudiera dejar una pareja de guardias civiles al pié de mi cama!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

MARIA remendando una levita de su padre, BAUTISTA limpiando el figle.

MARÍA. Díme, Bautista, ¿qué opinas tú de Adolfo?

BAUTISTA. ¿Yo? Yo no he tenido opinion nunca: me dicen toca, y toco, calla, y callo. (*Se rie.*)

MARÍA. De manera que tú eres una especie de máquina que se mueve por voluntad ajena.

BAUTISTA. Precisamente; sobre todo cuando obedezco á la voluntad de tu padre, mi maestro.

MARÍA. Muy laudable es la obediencia; pero el hombre debe tener ideas propias.

BAUTISTA. Debe tenerlas; pero yo no las tengo.

MARÍA. Á pesar de eso, alguna vez te habrás dicho: Adolfo es un buen muchacho, muy amable, muy trabajador, muy cariñoso...

BAUTISTA. No recuerdo haberme dicho nunca semejante cosa; pero si tú quieres que lo diga, lo diré.

MARÍA. Yo no quiero nada; deseaba saber tu opinion, y puesto que no la tienes, hemos concluido.

BAUTISTA. ¿Te has enfadado conmigo?

MARÍA. ¡Está claro! No sirves para nada.

BAUTISTA. ¡Para nada! ¿Quién limpia los instrumentos? ¿quién va á la compra? ¿quién toca el bombo y el redoblante? Me parece que eso es algo.

ESCENA II.

DICHOS, ADOLFO, con papeles de música en la mano.

ADOLFO. Buenos dias, María. ¡Hola, Bautista! ¿Está el maestro?

MARÍA. Ha salido. ¿Trae usted la copia?

ADOLFO. Sí.

MARÍA. ¿Concluida?

ADOLFO. Concluida.

MARÍA. Habrá usted trabajado mucho.

ADOLFO. Hasta las cuatro de la mañana. Cuando Bautista quiera la puede llevar á don Macario.

BAUTISTA. El maestro me ha encargado que la lleve al momento.

ADOLFO. Pues aquí la tienes.

MARÍA. Que no tardes.

BAUTISTA. ¡Y luego dirán que no sirvo para nada! (*Váse.*)

ESCENA III.

MARIA, ADOLFO.

MARÍA. ¿Cuántos pliegos ha hecho la copia?

ADOLFO. Catorce.

MARÍA. Ha ganado usted un bonito jornal.

ADOLFO. Fuerza es trabajar cuando no se tiene otro patrimonio que el trabajo.

MARÍA. Sospecho que va usted á enriquecerse pronto.

ADOLFO. Es que tengo grandes pensamientos, y para realizarlos necesito reunir fondos.

MARÍA. ¿Tiene usted secretos para mí?

ADOLFO. Hace ocho dias que puse por vez primera los piés en esta casa, y si viera usted

cuánto han cambiado mis pensamientos en tan poco tiempo... ni yo mismo me conozco: soy otro hombre: estoy completamente reformado.

MARÍA. (*Ingénuamente.*) No entiendo ni una palabra.

ADOLFO. Procuraré esplicarme. Antes de conocer á usted, ni pensaba en el dinero ni conocia la envidia; hoy tengo envidia de las flores que usted cuida con tanto esmero, del canario, á quien usted ama con tanta ternura.

MARÍA. (*Riéndose.*) Ya lo oye usted, señor canario, Adolfo es envidioso; defecto que es preciso pierda si desea ser buen amigo nuestro. (*María se dirige á la ventana, arranca una flor y se la presenta á Adolfo.*) Mis flores, que desean reconciliarse con el que se llama mi hermano, le envian esta mensajera para que no las guarde rencor.

ADOLFO. ¡María! ¡María!... Puesto que no está el maestro, me retiro. (*Dirigiéndose hácia la puerta.*)

MARÍA. Al contrario, debe usted quedarse para hacerme compañía. Verá usted: yo continúo cosiendo, usted coloca una silla al lado mio, y puesto que somos hermanos y mi padre le da á usted el dulce nombre de hijo, tengo derecho á saber por qué tiene afan de reunir dinero.

ADOLFO. Eso es un secreto que temo revelar... á usted sobre todo.

MARÍA. ¿Cómo es eso? ¿No le inspiro confianza? Cuidado conmigo, señor Adolfo... cuidado conmigo. Yo quiero que usted me cuente todo lo que le sucede en Madrid, todo lo que piensa en su humilde buhardilla cuando se entrega en las horas de soledad á sus sueños de ambicion.

ADOLFO. Pues bien, María, lo que yo pienso, lo que yo sueño, es amar y ser amado. El secreto que voy á confiarla, y que hace

ocho dias abrasa mi alma, es que la amo á usted... con todo mi corazon, y que mi felicidad se reduce á ser correspondido. (*Momento de pausa. María fija una mirada en Adolfo, como si no comprendiera las palabras que acaba de oir; de pronto se cubre su rostro de rubor, y repite con acento trémulo:*)

MARÍA. ¡Amar y ser amado!

ADOLFO. Perdone usted, María, si la he ofendido; arrójeme de su casa, prohíbame que la dirija ni una mirada; pero no me prohiba que la ame, porque eso seria imposible. Hace poco tiempo que nos conocemos: ocho dias han pasado para mí con una rapidez increible, y no puedo esplicarme las dulces, las desconocidas sensaciones que he esperimentado en este modesto recinto. Solo aspirando este ambiente lleno con el perfume de la virtud y la modestia, solo contemplando ese trozo de cielo que se distingue á través del hueco de la ventana, solo viéndola á usted, me siento feliz. Si se me prohibiera pisar esta habitacion, si se me dijera: «Véte, no vuelvas mas, te rechazamos de nuestro lado, te negamos nuestro cariño y nuestra confianza,» creo que me moririria de dolor. (*María, que durante las primeras palabras de Adolfo habrá permanecido como anonadada, levanta la cabeza y fija una mirada serena en Adolfo.*)

MARÍA. ¿Qué ha hecho usted para que le despidamos, para que le neguemos nuestro cariño y nuestra confianza? ¿Puede uno enojarse con aquel que dice que nos ama con todo su corazon? ¡Oh! Eso seria una ingratitud.

ADOLFO. ¿Luego no he perdido la esperanza de ser amado?... ¿Luego usted me ama?...

MARÍA. ¡Dios mio! Yo no sé qué contestar á usted; su declaracion me ha sobrecogido...

Jamás pensé que pudiera encontrarme en caso semejante.

ADOLFO. Pero usted, María, habrá notado si mis palabras levantan un eco en su corazon, si le es grata mi presencia, si desea verme á su lado; porque esas son sensaciones que siente el alma y nos manifiesta, aunque no se lo preguntemos.

MARÍA. Pues bien, Adolfo, yo no sé mentir ni he sido jamás hipócrita. Si el alma siente todo eso que usted dice cuando se quiere á un jóven, yo debo querer á usted mucho.

ADOLFO. ¡Ah! ¡María!... (*La coge una mano.*)

MARÍA. Poco á poco. Si usted me ama como dice, espero que ese amor no sea un secreto para mi padre. Yo quiero que él sepa que nos amamos, desde el dia que comience la historia de nuestros amores.

ADOLFO. Pero ¿y si él se opusiera?

MARÍA. ¡Oponerse! Mi padre es un ángel: su felicidad, su única ambicion se reduce á verme alegre y contenta. Además, no creo que haya soñado casarme con ningun marqués.

ADOLFO. (*Aparte.*) ¡Un marqués! ¡Oh! no, no. Imposible es que sospeche...

MARÍA. ¿Qué es eso? ¿No quiere usted que se lo diga á mi padre?

ADOLFO. Temo, María, porque los padres son tan celosos del amor de sus hijas, que aunque sean pobres como Job, sueñan para ellas un esposo rico como Creso.

MARÍA. Mi padre no ha soñado nunca esas cosas; él, como yo, estamos persuadidos de que la felicidad no consiste en tener mucho dinero. La pobreza tiene tambien sus encantos, sus ventajas, sobre todo para los que nos hemos acostumbrado á ella y no ambicionamos nada.

ADOLFO. Sí, sí, María, la felicidad no consiste en la riqueza, puesto que en esta buhardilla se encierra todo lo que yo ambiciono.

Hoy mismo sabrá don Isidoro el amor que por usted siento; pero antes necesito saber si usted apoyará mi peticion.

MARÍA. Voy á hablar á usted con una ingenuidad impropia de mi sexo. Mi padre, harto pobre para llevarme á un colegio, no pudo darme esa educacion que se da á las jóvenes. Nunca tuve amigas; desconozco el fingimiento natural de la mujer, eso que he oido decir que se llama el arte de la coquetería. Sin una nube que empañe mi conciencia, sin una pena que entristezca la encantadora tranquilidad de mi alma, vivo como la modesta avecilla encerrada en su jaula, sin ambicionar mas luz que la que penetra por mi ventana, mas ambiente que el que encierran los ámbitos de mi buhardilla. Cuando vi á usted por la vez primera, sentí que mi corazon me decia: «Hé aquí á tu hermano;» hoy me dice: «Hé aquí al hombre á quien debes amar con toda tu alma, porque es pobre, porque es modesto, porque es amante del trabajo y te ayudará á cuidar de tu anciano padre el dia, no muy lejano, en que el pobre viejo no pueda ganarse la subsistencia.»

ADOLFO. (*Aparte, como avergonzado de sí mismo.*) ¡Oh! Yo soy indigno de que esta mujer me ame.

MARÍA. ¿Qué es eso, Adolfo? ¿Ha ofendido á usted mi franqueza?

ADOLFO. No, María, no; es que hay momentos en la vida en que la felicidad ahoga la voz en la garganta, en que las palabras no bastan á espresar la inmensa dicha que siente el alma, en que...

ESCENA IV.

DICHOS, MÓNICA.

ADOLFO. (*Aparte.*) ¡Qué oportunidad!

MÓNICA. Buenos dias, hijos mios.

MARÍA. (*Levantándose.*) Buenos dias, vecina. (*Acercándose á la ventana, donde se pone á cepillar la levita de su padre.*)

MÓNICA. (*Colocándose cerca de la mesa donde está Adolfo, le dice en voz baja:*) ¿Tiene usted mal humor?

ADOLFO. Tengo una sospécha que me hace mucho daño.

MÓNICA. ¿Se puede saber de qué se trata? (*María, despues de cepillar la levita de su padre, desaparece por la puerta de la derecha.*)

ADOLFO. Si María supiera que yo soy...

MÓNICA. Si lo supiera se lo hubiera dicho á su padre, y don Isidoro no le recibiria á usted en su casa.

ADOLFO. Es verdad.

MÓNICA. El pobre músico de la Murga ni su hija conocen la vil pasion del interés, puede usted estar seguro de ello.

ADOLFO. No olvides que hoy necesito saber hasta dónde llega el cariño que me profesan.

MÓNICA. Lo sabrá usted.

ADOLFO. (*Viendo salir á María.*) ¡Silencio!

MÓNICA. (*Dirigiéndose hácia el foro.*) ¿Por dónde anda el señor don Isidoro?

MARÍA. Hoy tenia funcion en San Plácido: no puede tardar.

MÓNICA. ¡Ah! Vamos, siempre ganándose la vida. Son ustedes dos verdaderas hormiguitas. (*Aparte á María.*) ¿Qué tiene Adolfo? Parece que está triste.

MARÍA. ¿Triste? No lo habia notado.

MÓNICA. Tal vez sea una aprension mia. ¡Le quiero tanto!... (*Hablan en voz baja.*)

ADOLFO. (*Aparte.*) Ni yo mismo me conozco. He perdido hasta la fuerza de voluntad: me siento arrastrado por un poder desconocido hácia el punto del que precisamente deseo huir... Creo que amo á María con mas vehemencia de lo que conviene á mis planes. Cuando estoy á su lado me convierto en amante platónico, no me atrevo á ofenderla ni con una mirada.

¿En qué redes me hallo envuelto? ¿Qué poder es el que tiene la virtud, que así me domina?

MÓNICA. Indudablemente á mi sobrino le sucede algo.

MARÍA. Pues bien, vecina, tal vez antes de mucho sepa usted lo que ahora no sabe.

MÓNICA. Me llena usted de curiosidad.

MARÍA. Pues será preciso que tenga usted paciencia.

MÓNICA. Bien, la tendré; y con su permiso, voy á arreglar mi casita. Adios, Adolfo. Hasta luego, hija mia. (*María acompaña á Mónica hasta la puerta.*)

MARÍA. Vamos, ya tiene usted ahí á mi padre. ¡Pobrecito! Son muchos para él ciento tres escalones.

D. ISIDORO. (*Desde fuera.*) Vaya usted con Dios, vecina.

ESCENA V.

MARIA, ADOLFO sentado junto á la mesa, D. ISIDORO con un fagot debajo del brazo.

D. ISIDORO. Si algun dia soy rico, que lo dudo, ofrezco á mis piernas vivir en un cuarto bajo. (*María coge el fagot y el sombrero de su padre.*) ¡Hola, Adolfo! ¿Has concluido la copia?

ADOLFO. Sí señor. Hace un momento salió Bautista á llevársela á don Macario.

D. ISIDORO. (*Sentándose junto á la mesa.*) ¿Cuántos pliegos ha hecho?

ADOLFO. Catorce.

D. ISIDORO. ¿Ha salido hoy el anuncio de la cartera?

ADOLFO. Sí señor; es el último dia que sale.

D. ISIDORO. Sí, ya sé que se han concluido los fondos; pero haremos un esfuerzo para que continúe anunciándose esa pícara cartera. Vamos á ajustar cuentas.

ADOLFO. No hablemos de eso, señor maestro.

D. ISIDORO. ¿Que no hablemos de eso? ¿Crees tú que

voy á estar toda la vida cobrando la parte que te corresponde sin entregártela? Yo no quiero nada de nadie, y mucho menos de un pobre como tú. ¡No faltaba otra cosa!

MARÍA. (*Aparte y desde el foro.*) ¡Qué fastidio! Ahora van á hablar de cuentas.

D. ISIDORO. (*Saca un papel del bolsillo, se pone las gafas y lee.*) Copia de papeles de música, tres reales; idem, cinco; idem, ocho; idem, catorce; idem, dos. Total de copias, treinta y dos reales. Serenatas: primera noche, treinta y dos cuartos; segunda noche, cinco reales y dos cuartos; tercera noche, veintiun cuartos; cuarta noche, nueve reales y medio. (*Representado.*) De estas entran pocas en libra. (*Leyendo.*) Quinta noche, nueve cuartos y medio. Total de serenatas, veintidos reales un cuarto. Funcion de Fuenlabrada: parte de voz, cuarenta reales; parte de instrumento, treinta. Total, setenta reales. Funcion de Parla: voz, cincuenta reales; instrumento, treinta y cinco. Total, ochenta y cinco reales. Resúmen general: por copias, treinta y dos reales; por serenatas, veintidos reales un cuarto; por las funciones de iglesia, ciento cincuenta y cinco reales. Suma total: doscientos nueve reales un cuarto. (*Representado.*) Repasa tú la cuenta á ver si estás conforme.

ADOLFO. ¡Por Dios, señor maestro, yo no quiero que usted me pague ese trabajo insignificante!

D. ISIDORO. ¿Que no te pague? Siempre dices lo mismo. Tú eres muy espléndido, muy desprendido; no quieres cobrar nada. Pues si no cobras tu trabajo, ¿de qué vas á comer?

ADOLFO. He traido algunos ahorrillos del pueblo.

D. ISIDORO. Yo no tengo nada que ver con eso. Toma tu parte, y asunto concluido. Tú traba-

jas, pues cobra, y da gracias á Dios de que no te falte. (*Saca de la cómoda el dinero, y vuelve á la mesa.*)

ADOLFO. Señor don Isidoro, esa cuenta no está bien.

D. ISIDORO. ¿Cómo que no está bien?

ADOLFO. Yo no debo cobrar tanta parte como usted, porque usted es el maestro.

D. ISIDORO. Sí; pero en cambio tú tienes una voz de baritono, que es lo que vale en las funciones de iglesia. Toma tu dinero, y calla.

ADOLFO. Pero si yo... (*Rechazándole.*)

D. ISIDORO. Adolfo, ¿quieres que me enfade? Tu terquedad me ofende, me agravia. ¿Crees que yo soy de los hombres que esplotan á sus semejantes? Este dinero es tuyo, lo has ganado con tu trabajo. No se hable mas del asunto.

ADOLFO. Sea como usted quiera. (*Coge el dinero. Aparte.*) Este dinero, el único que he ganado en mi vida, yo le emplearé de un modo digno. (*Lo guarda.*)

D. ISIDORO. La semana no ha sido mala; pero no te formes grandes ilusiones: otras vendrán que no ganaremos ni aun el agua que bebamos; por lo que te aconsejo que seas económico y que guardes para tiempos peores algunos cuartos.

ADOLFO. Así lo haré, señor maestro; y ahora, con su permiso, voy á ver á mi tia.

D. ISIDORO. Anda con Dios, hijo mio; y sábelo de hoy para siempre: yo pago á todo el que me trabaja.

ADOLFO. (*Aparte.*) ¿Qué tiene este anciano que tan profundo respeto me inspira?

ESCENA VI.

D. ISIDORO, MARIA.

MARÍA. (*Acercándose á su padre y colocando un brazo cariñosamente sobre su hombro.*) ¿Se ha enfadado usted con Adolfo?

D. ISIDORO. ¿Enfadarme? No, hija mia; pero me desagrada que no quiera cobrar su trabajo.

MARÍA. ¿Luego no está usted ofendido?

D. ISIDORO. No lo estoy; pero aunque lo estuviera, desde el momento en que tú me miras con esos ojuelos... María, me parece que tú quieres pedirme algo.

MARÍA. ¿Y en qué lo ha conocido usted?

D. ISIDORO. ¡Qué! ¿He acertado?

MARÍA. ¡Ya lo creo! Como que tiene usted mucho talento y un corazon muy bello.

D. ISIDORO. ¡Zalamera!... Sepamos qué es lo que quieres.

MARÍA. Dar á usted una buena noticia.

D. ISIDORO. Vamos, ya caigo: la fiesta de Getafe y de Torrejon que han venido á ofrecerme.

MARÍA. No es eso; es mucho mejor.

D. ISIDORO. ¡Ah! Vamos, ha venido el señor de la cartera... ¡Gracias á Dios!

MARÍA. (*Riéndose.*) Mucho mejor.

D. ISIDORO. ¿Me han nombrado gobernador de alguna provincia? Pues ten por seguro que hago dimision.

MARÍA. La buena noticia que tengo que dar á mi querido padre, que es el mas bueno de los padres, se reduce sencillamente á decirle que Adolfo me ha declarado su amor.

D. ISIDORO. (*Retrocediendo.*) ¡Caracoles!

MARÍA. (*Arreglando la corbata de su padre.*) Pues sí, padre mio, Adolfo, muy respetuosamente, me ha hecho una declaracion de amor con todas sus letras.

D. ISIDORO. ¿Y qué es lo que has contestado?

MARÍA. Lo que debe contestar una muchacha honrada: que le pidiera á usted mi mano.

D. ISIDORO. Perfectamente. Pero ¿sabes que me asombra lo que acabas de decirme?

MARÍA. Pues á mí me parece lo mas natural del mundo.

D. ISIDORO. Tambien tienes razon. Los dos sois jóvenes, y como allá se va el estado de vuestra fortuna, nada mas lógico; pero antes

de que yo le dé una contestacion, necesito saber qué es lo que tú piensas.

MARÍA. Yo pienso quererle mucho, si usted no se opone.

D. ISIDORO. ¿Oponerme? ¡Líbreme Dios de semejante incumbencia! Si es vuestro gusto, amaos, amaos en hora buena.

MARÍA. (*Abrazándole.*) ¡Ah! Es usted el mejor de los padres.

D. ISIDORO. ¡Ya lo creo! Para ser bueno es preciso acceder á todo; bien es verdad que tú no me has dado nunca el menor motivo de queja. Respóndeme con la mano puesta sobre el corazon: ¿amas lo suficiente á Adolfo para contraer un compromiso que ha de durar toda la vida?

MARÍA. Yo creo que sí, padre mio. Adolfo es un buen muchacho. Cuando me declaró su amor sentí que sus palabras penetraban en mi corazon de un modo desconocido. Jamás otra voz de hombre me pareció mas dulce, mas armoniosa que la suya al decirme que me amaba, y yo creo que este amor naciente ha de fortalecerse con el tiempo.

D. ISIDORO. ¡Lejos de mí la idea de matar las bellas ilusiones de la juventud! Amaos en hora buena. Yo, pobre viejo, con un pié colocado sobre la tumba, no deseo otra cosa que vuestra felicidad. El dia que un sacerdote bendiga vuestra union, cuando os vea dichosos, mi único anhelo será reunirme con tu madre en la eternidad, y decirla: «María es feliz, he cumplido la santa mision del buen padre, y vengo á descansar de las penalidades de la vida.»

MARÍA. (*Abraza á su padre, le enjuga las lágrimas, y dice con ternura:*) ¡Oh! Yo no quiero que usted se muera nunca. (*Adolfo aparece en la puerta y se queda inmóvil.*)

ESCENA VII.

DICHOS, ADOLFO.

D. ISIDORO. ¡Ah! ¿Eres tú, hijo mio? Llegas á tiempo.

ADOLFO. Señor don Isidoro, pido á usted perdon por mi atrevimiento; iba á entrar cuando oí mi nombre, sospeché de lo que se trataba, me detuve y escuché...

D. ISIDORO. Tu sentencia. Nada mas natural: yo hubiera hecho lo mismo; pero ya habrás oido que te hemos indultado.

ADOLFO. ¡Ah, querido maestro!

MARÍA. Mi padre ha dicho que sí; de modo que ya puede usted contarse como de la familia.

ADOLFO. ¿De veras?

D. ISIDORO. Sí, alegría general. Da un abrazo á la hija, otro al padre, y desde mañana comenzaremos todos á hacer lo que hacen las hormigas, á ahorrar para el invierno, es decir, para que os caseis cuando os dé la gana.

MARÍA. Nosotros le querremos á usted mucho, ¿no es verdad, Adolfo?

ADOLFO. ¡Oh! ¿Quién lo duda?

D. ISIDORO. Puesto que ya sois prometidos esposos, sin que yo por eso pregunte el dia de vuestra boda, pues esta no debe verificarse hasta que tengamos algun dinerillo ahorrado, vamos á celebrar hoy tan grato acontecimiento: convido á comer á Adolfo y á su tia.

MARÍA. (*Batiendo las palmas.*) ¡Magnífico pensamiento! Merece un abrazo.

D. ISIDORO. Dispónlo todo, saquea nuestra pobre despensa, y preséntanos una comida digna del rey Baltasar.

ADOLFO. Admito el convite, pero pido permiso para traer los postres.

MARÍA. Sí, eso es, que se encargue Adolfo de los postres.

D. ISIDORO. Yo añadiré una botella de vino de Cari-

ñena. ¡Oh! Vamos á tener una gran comida. Voy á convidar á tu tia. Tú á la cocina, y tú á comprar lo ofrecido.

ADOLFO. ¿Para qué se ha de molestar usted? Yo traeré la botella de Cariñena.

D. ISIDORO. Toma: así me ahorras el subir y bajar la escalera. (*Le da dinero.*)

ADOLFO. Tengo yo; no es necesario.

D. ISIDORO. Lo dicho, dicho. Tú pagas los postres, yo el vino.

ADOLFO. Como usted quiera. (*Sale don Isidoro delante. María entra por la puerta de la derecha. Adolfo se queda parado cerca de la puerta de la escalera.*)

ESCENA VIII.

ADOLFO solo.

ADOLFO. La virtud tiene un término... La última prueba va á ser terrible... No importa. Si salen triunfantes, entonces... ¡oh! entonces sé lo que debo hacer. (*Adolfo mira con recelo hácia todas las puertas, entra precipitadamente en la alcoba, y sale despues de un momento con la cartera, que se guarda con sobresalto en el bolsillo del pecho.*) Tiemblo como el ladron en el momento de cometer el crímen. (*Corre hácia la puerta.*) Salgamos de esta casa. (*Al tiempo de salir, entra Bautista y tropieza con él.*)

ESCENA IX.

ADOLFO, BAUTISTA.

BAUTISTA. ¡Qué barbaridad!

ADOLFO. (*Aparte.*) ¡Maldito seas! (*Levantando la voz.*) ¡Ah! ¿Eres tú, querido Bautista? Perdona mi torpeza; pero estoy loco... sí, loco de alegría. ¡Ah! Soy el hombre mas feliz del mundo. María me ama... me

ama... y su padre consiente en dármela por esposa. Adios, adios, querido Bautista.

ESCENA X.

BAUTISTA solo.

BAUTISTA. Pues señor, yo no veo motivo para que Adolfo esté tan contento. Y lo está de veras. Despues de todo, yo me alegro; me convidarán á la boda, y echaré aquel dia una cana al aire.

ESCENA XI.

BAUTISTA, D. ISIDORO y MÓNICA por la puerta de la escalera.

D. ISIDORO. Tranquilícese usted y siéntese aquí. Anda, Bautista, saca un vaso de agua para la señora Mónica.

BAUTISTA. ¿Está mala? Voy corriendo. (*Se va por la puerta de la derecha.*)

MÓNICA. ¡Es una gran desgracia, vecino... una gran desgracia! Pero ¡por Dios y por los santos, que no lo sepa Adolfo! Seria capaz de matarse.

ESCENA XII.

DICHOS, MARIA, y poco despues BAUTISTA.

MARÍA. ¡Matarse! ¿Qué es lo que sucede?

BAUTISTA. (*Saliendo con el agua.*) Aquí está el agua. (*Don Isidoro coge el vaso, se lo da á doña Mónica, que bebe, y se enjuga las lágrimas manifestando el mayor desconsuelo. Todos la rodean con interés.*)

MÓNICA. No me atrevo á hablar. Si Adolfo me oyera... ¡Dios nos libre!

D. ISIDORO. Anda, Bautista, colócate en la puerta de la escalera y avísanos cuando llegue Adolfo.

BAUTISTA. ¿Qué diablos le sucederá á la vecina? (*Se va por la puerta de la escalera.*)

ESCENA XIII.

D. ISIDORO, MARIA, MÓNICA.

D. ISIDORO. Hable usted sin miedo.

MARÍA. Sí, sí, no nos oculte usted nada.

MÓNICA. Mi pobre hermana... ¡quién lo hubiera dicho! se halla en peligro de ser conducida á la cárcel.

MARÍA. ¡La madre de Adolfo!

D. ISIDORO. Vamos, vamos, hable usted pronto y claro, por todos los santos de la córte celestial.

MÓNICA. ¡Ay, señor don Isidoro de mi corazon! ¡Ay, señorita María de mi alma! Se me puede ahogar con un cabello. ¡Si yo no sé lo que me pasa! Mi pobre hermana, que es una bendita de Dios, tomó dos mil reales en calidad de depósito, para dárselos á una amiga suya que se hallaba en un grave apuro. La amiga ha desaparecido del pueblo, y como el acreedor no conoce mas que á mi hermana, la ha amenazado con llevarla á la cárcel por abuso de confianza, si no le entrega la cantidad antes de fin de mes. ¡Ah! ¡Qué afrenta para la familia! ¡qué disgusto tan grande para mi pobre Adolfo! (*Llora.*)

D. ISIDORO. ¡Diantre! ¡diantre! Efectivamente, el apuro es grande.

MÓNICA. ¡Ay! No lo sabe usted bien.

D. ISIDORO. Aunque nunca me he visto en caso semejante, supongo lo que estará sufriendo esa buena señora. Pero ¿qué puedo hacer yo en obsequio suyo?

MARÍA. Sí, sí, diga usted lo que podemos hacer por la madre de Adolfo.

MÓNICA. Usted puede salvarla, don Isidoro.

D. ISIDORO. Veamos cómo, porque no deseo otra cosa.

MARÍA. Hable usted, hable usted, vecina.

MÓNICA. Yo he podido reunir mil reales empeñando todo lo que tenia en mi casa de algun valor: aquí están. (*Deja encima de la mesa el dinero.*) Présteme usted los otros mil que me faltan, y habremos salvado á mi pobre hermana.

D. ISIDORO. (*Rascándose la cabeza.*) ¡Señora!... No recuerdo haber tenido en mi vida esa cantidad.

MÓNICA. ¡Por Dios, señor don Isidoro! Usted es bueno, usted es compasivo; apiádese de mi pobre hermana, de mi pobre Adolfo. Yo sé que usted tiene dinero, y si quiere...

D. ISIDORO. ¡Dinero! ¡Yo dinero! ¡Ah! Vamos, se refiere á la cartera del desconocido... á los ocho mil duros.

MÓNICA. Sí señor.

D. ISIDORO. Ese dinero no es mio, vecina.

MÓNICA. ¿Aún espera usted que venga á reclamárselo su verdadero dueño?

D. ISIDORO. ¿Quién lo duda? Y esperaré toda mi vida sin tocar ni un céntimo. La tardanza de ese sugeto es bastante estraña, inesplicable, si usted quiere; pero ¿quién sabe si está enfermo, si se halla imposibilitado para venir á recoger lo que tan legítimamente le pertenece? Si ha leido mis anuncios, se habrá dicho: «Don Isidoro es un hombre honrado; mi dinero está tan seguro en su buhardilla como en mi casa; iré cuando pueda á recogerlo.» Y así sucederá, me lo dice el corazon. Por eso ni quiero, ni debo tocar un solo real, y juro á usted por la salud de mi hija, que por salvar á la madre de Adolfo, á quien miro como cosa propia, haria cualquier sacrificio.

MÓNICA. ¡Pobre hermana mia! Te llevarán á la cárcel, y tu hijo y yo nos moriremos de vergüenza.

MARÍA. ¡Padre! ¡padre! es preciso salvar á toda costa á la madre de Adolfo. (*Don Isido-*

ro comienza á pasearse por la escena con marcadas muestras de inquietud.)

D. ISIDORO. ¡Salvarla! Sí, es preciso salvarla; pero ¿cómo? (*Se dirige maquinalmente hácia la alcoba; poco antes de llegar se detiene y retrocede con espanto.*) ¡Ah! no, no; eso seria un robo, eso seria un crímen. (*Dirige una mirada á su hija, que llora junto á Mónica.*) Vamos, no se aflija usted, vecina. Dice usted que ha empeñado todas las alhajas que tenia y que ha reunido mil reales... nosotros podemos hacer otro tanto, y si falta algo recorreré uno por uno todos mis amigos hasta que reuna la cantidad deseada. María, hija mia, saca todo lo que tengas y valga la pena de ser empeñado.

MARÍA. Sí, sí, la salvaremos á todo trance. ¡Qué lastima que seamos tan pobres! (*María se quita los pendientes y los deja sobre la mesa.*) Estos pendientes... ¡ah! tengo tambien una sortija. (*Se dirige hácia la cómoda y abre uno de los cajones.*)

D. ISIDORO. Y mi relojito de plata, que es muy seguro. (*Se lo quita y lo deja sobre la mesa.*)

MARÍA. Ahora que recuerdo... ¡Nos hemos salvado, padre mio! El violin, el Stradivarius nos sacará de este apuro. (*Saca el violin y se acerca á su padre; este se lo arrebata de las manos y lo estrecha contra su pecho.*)

D. ISIDORO. ¡Mi violin! ¡mi Stradrivarius! ¡el violin de mi abuelo, cuyas voces no tienen igual y que yo las reconoceria entre cien violines que tocaran á coro!... ¡oh! ¡jamás! ¡jamás! Eso seria empeñar mi alma, robarme la única herencia de mi hija.

MARÍA. Es que se trata de salvar á la madre de Adolfo, y Adolfo es mi prometido, padre mio; es el hombre á quien amo con todo mi corazon.

D. ISIDORO. Sí, sí; pero... ¿y mi violin?

MARÍA. Yo bien sé, padre mio, que ese Stradiva-

rius es una joya que no tiene precio para usted... comprendo la pena que le causa separarse de él; pero no tema usted nada: el corazon me dice que no lo perderemos; las obras buenas hallan, tarde ó temprano, la recompensa. Desde mañana comenzaremos á trabajar con mas valor, y antes de dos meses volverá el violin á nuestro poder.

D. ISIDORO. (*Con tristeza.*) El invierno, hija mia, es muy poco productivo para nosotros, pobres músicos de buhardilla; bastante haremos con no morirnos de hambre ó de frio.

MARÍA. Pero ¿por qué ha de ver usted las cosas por la parte mas negra? Dios vela por los pobres. Además, la madre de Adolfo debe ser antes de mucho madre mia. (*María abraza á su padre.*)

D. ISIDORO. (*Suspirando.*) Es verdad, ya no digo una palabra; ya no me opongo... haz lo que quieras; tú eres el ama... cúmplase tu voluntad, ya que estás resuelta á salvar á la madre de tu prometido. No perdamos el tiempo; toma, toma, llévate mi querido Stradivarius, que es lo mismo que si se llevasen un trozo de mi corazon. (*Don Isidoro se deja caer en una silla y se enjuga las lágrimas. María reune todos los objetos y se los entrega á Mónica.*)

MARÍA. Corra usted, vecina, corra usted: hé ahí todo cuanto poseemos.

MÓNICA. ¡Mi hermana se ha salvado! ¡Benditos sean ustedes! (*Desaparece.*)

ESCENA XIV.

D. ISIDORO, MARIA.

D. ISIDORO. (*Hablando solo. María irá acercándose poco á poco hácia su padre.*) ¡Es natural! Ella le ama... pero yo no volveré á ver

mi querido violin, mi incomparable Stradivarius, cuyas voces melodiosas resuenan en mi corazon de un modo inefable.

MARÍA. (*Apoyándose dulcemente en la espalda de su padre.*) No quiero que se aflija usted de ese modo: los favores deben hacerse con el semblante alegre, con la sonrisa en los labios; de lo contrario, se demuestra que se han hecho á la fuerza, y no son meritorios ni á los ojos de Dios ni á los de los hombres.

D. ISIDORO. Dices bien: hacer un favor, siempre debe ser motivo de alegría para los hombres honrados. Basta de lágrimas: he sido por un momento egoista, y me arrepiento.

ESCENA XV.

DICHOS, BAUTISTA.

BAUTISTA. Señor maestro, ya sube Adolfo.

D. ISIDORO. Serénate, hija mia, que no sospeche. Tú, Bautista, ayuda á mi hija á poner la mesa. (*Don Isidoro se pasea por la escena tarareando una melodía religiosa. María y Bautista disponen la mesa en medio de la escena.*)

BAUTISTA. ¡Qué contento está el maestro! Apostaria cualquier cosa á que está entreteniendo el hambre. (*Canta como don Isidoro.*)

MARÍA. ¡Qué mal cantas, Bautista!

BAUTISTA. Y sin embargo, yo deseo cantar bien.

ESCENA XVI.

DICHOS, ADOLFO.

ADOLFO. Aquí está el convidado con los postres y la botella de Cariñena. (*Dejando sobre la mesa un papel bastante abultado y una botella.*)

D. ISIDORO. ¿Á ver, á ver? ¡Hola! Pasteles, jamon en

dulce, queso de Gruyer... Pero, muchacho, ¿te has figurado que somos príncipes? Ríñele, María, ríñele.

MARÍA. Bien lo merece. ¿Por qué ha gastado usted tanto dinero?

ADOLFO. (*Ayudando á María y Bautista á poner la mesa.*) Todo eso no vale nada: son unos postres modestos, pero ellos bastan para que echemos una cana al aire y nos emborrachemos Bautista y yo.

BAUTISTA. ¡Emborracharnos con una botella para cinco! Me parece que es bastante difícil; pero si tú quieres, haremos el borracho y nos divertiremos mucho: yo lo sé hacer muy bien. (*Se rie.*)

D. ISIDORO. ¡Pero, hombre, tú siempre tienes ganas de reirte!...

BAUTISTA. La risa es una diversion barata: á mí nunca me ha costado un cuarto.

MARÍA. Ya está la mesa puesta.

D. ISIDORO. Es preciso esperar á la señora Mónica. (*Aparte, suspirando.*) ¡Pobre violin! ¡Dios sabe á qué manos habrá ido á parar!... Tal vez en este momento, algun ignorante prestamista le tratará ignominiosamente llamándole guitarro ú otro epíteto denigrante por el estilo.

ADOLFO. Querido maestro, puesto que hoy es dia de regocijo, de alegría, y en este momento de placer los hombres se hallan dispuestos á ser condescendientes, como músico, como discípulo, como hijo suyo, voy á pedirle un favor.

D. ISIDORO. Concedido, si es que está ese favor dentro de los límites de lo posible.

ADOLFO. Nada mas fácil, pues se reduce á que usted toque sus *Siete Palabras* con el prodigioso Stradivarius que heredó de su abuelo. (*Don Isidoro y María se quedan mirándose. Adolfo los contempla dominando la inquietud que siente.*)

D. ISIDORO. (*Vacilando.*) ¡Vaya un capricho!

ADOLFO. (*Aparte.*) ¡Pobre viejo! (*Levantando la*

voz.) Que usted se apresurará á complacer, ¿no es verdad, María?

MARÍA. Sí... sí... pero...

D. ISIDORO. Hombre, creo que no podré complacerte por...

MARÍA. (*En voz baja.*) ¡Padre mio!

D. ISIDORO. (*Aparte.*) La iba á soltar. (*Levantando la voz.*) Soy muy viejo, y temo profanar con mis torpes manos el violin de mi abuelo. (*Aparte.*) ¡Vaya una ocurrencia!

BAUTISTA. Torpe... torpe... Siempre se está usted echando por el suelo. No lo creas, Adolfo. ¡Si toca mejor que quiere!...

D. ISIDORO. ¡Salvaje! ¿Qué sabes tú de música?

BAUTISTA. ¡Toma! lo que usted me ha enseñado. (*Se rie.*)

D. ISIDORO. Bien, bien, dejadme, no tengo ahora ganas de tocar el violín; lo que yo quiero es comer. Pero ¡cómo tarda la señora Mónica!... (*Se dirige hácia la puerta á tiempo que llaman.*) ¡Aquí está! (*Abre la puerta y se presenta un criado.*)

CRIADO. ¿El señor don Isidoro Requena? (*Adolfo se vuelve de espaldas para que no le vea el criado.*)

D. ISIDORO. Servidor de usted.

CRIADO. (*Entregándole una carta.*) De parte del señor marqués de Cunieblos. (*Saluda y se dispone á marcharse.*)

D. ISIDORO. Pero ¿no quiere usted contestacion?

CRIADO. No me han dicho nada. (*Váse.*)

D. ISIDORO. ¡Un marqués! (*Mirando la carta.*)

MARÍA. ¿Quién podrá ser? ¿Qué querrá de nosotros? (*Acercándose á su padre.*)

BAUTISTA. ¡Cuando yo digo que al fin se hará caso de mi maestro!... Ya le escriben los marqueses.

ADOLFO. (*Aparte.*) Tiemblo, á pesar mio. Su disgusto va á ser inmenso... Me da lástima ese pobre viejo.

D. ISIDORO. ¡Un marqués! ¡Pero si yo no conozco á ningun marqués! Y las señas están bien claras, bien terminantes. (*Leyendo el*

sobre de la carta.) «Señor don Isidoro Requena, profesor de música, calle del Salitre, núm. 14, buhardilla núm. 3.» No hay duda, soy yo... yo mismo.

MARÍA. Para salir de dudas, lo mejor es romper el sobre y leer la carta.

D. ISIDORO. Dices bien: nada mas fácil. Veamos. (*Todos rodean á don Isidoro, que se pone las gafas, rompe el sobre y lee:*) «Señor don »Isidoro Requena: Muy señor mio y de »toda mi consideracion: Un asunto de la »mayor importancia me obligó á em»prender un viaje el mismo dia que tuve »el honor de verle en su casa y hacerle »proposiciones que no fueron aceptadas... (*Representado.*) ¡Hossanna! ¡Aleluya! Este es el dueño de la cartera.

MARÍA. Pero continúe usted la carta.

D. ISIDORO. (*Leyendo.*) »Este viaje ha sido la causa »de no pasar por su casa á recoger la »cartera que se me cayó, y que contenia »ocho mil duros en billetes del banco de »España. He leido los anuncios que us»ted ha puesto en los periódicos, y cono»ciendo su honradez, no he tenido prisa »en recobrar una cantidad que tan se»gura estaba en sus manos como en las »mias. Mañana á las doce espero á usted »en mi casa, donde tendré el gusto de »convidarle á almorzar. Vivo calle Ma»yor, núm. 40, y espero que aunque no »quiso usted que formara parte de su fa»milia, no rehusará la amistad que le »ofrezco, y con la que vivirá muy hon»rado su amigo y seguro servidor—El »marqués de Cunieblos.» (*Representado.*) ¡Gracias sean dadas á la Divina Providencia! ¡Ah! Esta noche, despues de ocho dias, será la primera que duerma á pierna suelta.

MARÍA. Creo que la carta tiene una posdata.

D. ISIDORO. ¡Calla! ¡Pues es verdad! (*Lee.*) «Ruego á »usted encarecidamente que traiga con-

»sigo á su señora hija y al jóven discí-
»pulo Adolfo, pues quiero demostrarles
»el respeto y estimacion que me inspiran
»la virtud, el trabajo y la honradez.»

ADOLFO. ¡Ah! ¿Conque el señor marqués de Cunieblos tambien me convida á almorzar?

D. ISIDORO. Mañana comemos nada menos que en la mesa de un señor marqués, y hoy en la de un pobre músico de la Murga. Allí comidas suculentas, manjares régios, indudablemente alguna indigestion; aquí el modesto cocido, el prosáico guisado de patatas y la fresca escarola. ¡Ah! Se me ocurre una cosa: que lleves tu violin por si el señor marqués tiene aficion á la música y desea oirte tocar.

MARÍA. ¡Pobre Bautista! El señor marqués no te ha convidado.

BAUTISTA. Así parece.

D. ISIDORO. ¡Es verdad! Será un descuido involuntario.

ADOLFO. ¿Eso qué importa? Le llevaremos con nosotros: no será tan grosero que le despida.

D. ISIDORO. No, Adolfo, no. Bautista es muy tragon, y seria capaz de reventar: mas vale que se quede en casa.

BAUTISTA. Señor maestro, me parece que el dejarme en casa es una mala partida.

D. ISIDORO. ¡Eh! ¿Qué sabes tú?

BAUTISTA. Yo no sé nada; pero mi estómago bien lo sabe.

D. ISIDORO. Conque mañana almorzamos con el señor marqués, y le devolveremos sus ocho mil duros, que tan malas noches me han causado. Ahora voy á dejar la carta en la misma cartera, no sea que se me pierda, y no nos acordemos de las señas de la casa. (*Se dirige hácia la alcoba.*)

ADOLFO. (*Aparte.*) Me late el corazon como si quisiera romperse en pedazos.

MARÍA. Aquí está la señora Mónica.

BAUTISTA. ¡Gracias á Dios que podemos comer!

ESCENA XVII.

DICHOS, MÓNICA.

D. ISIDORO. (*Desde la puerta de la alcoba.*) Á la mesa, á la mesa, hijos mios, puesto que ya ha llegado la vecina. (*Entra en la alcoba. María desaparece por la puerta de la derecha, saliendo al poco rato con una sopera que coloca sobre la mesa.*)

ADOLFO. (*Aparte.*) No me atrevo á dirigir los ojos hácia la alcoba... Su dolor va á ser terrible... pero es preciso arriesgar la última prueba.

D. ISIDORO. (*Desde la alcoba.*) ¡María! ¡María! ¡Oh! ¡Dios mio!... ¡Esto no puede ser!... ¡Pero si no está... si no está! ¡Adolfo! ¡Bautista! ¡Oh! ¡Estoy perdido! ¡estoy deshonrado! (*Todos corren á la alcoba menos Adolfo. Don Isidoro sale tambaleándose, con los cabellos en desórden, pálido, vacilante.*)

MARÍA. ¡Pero, Dios mio! ¿qué es lo que ocurre?

D. ISIDORO. ¡Ay, hija de mi alma! ¡Los ocho mil duros... la cartera... me la han robado!

MARÍA. (*Con terror.*) ¡Robado!

D. ISIDORO. ¡Sí, robado!... ¡Y cuándo, Dios eterno, cuándo!... en el momento que acaba de parecer su dueño, ese marqués, causa de todas mis penas, de este dolor profundo que siento en el corazon. (*Don Isidoro se deja caer en una silla. María corre á la alcoba.*)

MARÍA. ¿Quién puede habernos robado la cartera? ¡Oh! Eso no es posible; la habrá usted buscado mal. (*Entra en la alcoba.*)

MÓNICA. (*Aparte.*) ¡Pobre viejo!

BAUTISTA. (*Á Adolfo.*) Me parece que ya no comemos.

ADOLFO. (*Aparte.*) La palidez de la muerte se ha estendido por su rostro.

MARÍA. (*Saliendo de la alcoba.*) ¡La desgracia es cierta! ¡Nos la han robado, padre mio!

D. ISIDORO. (*Que habrá permanecido por algunos momentos como anonadado, se levanta de repente, y dice como hablando solo:*) Este golpe será causa de mi muerte. Yo no podré pagar nunca esa cantidad, y el dolor pondrá fin á mis dias. (*Levanta la cabeza, se pasa la mano por la frente, y dirige una mirada en derredor suyo.*) Es preciso encontrar al ladron para entregarle á los tribunales, para que responda ante el juez de mi honra sin mancha; de lo contrario, si no parece, si se llega á sospechar siquiera que Isidoro Requena ha buscado un pretesto para quedarse con los ocho mil duros, juro por la memoria de mi padre que me parto el corazon con este cuchillo. (*Don Isidoro se abalanza á la mesa y coge desesperadamente un cuchillo. María y Bautista lanzan un grito, se arrojan sobre su padre y le quitan el arma. Adolfo permanece algo apartado, y como si luchara consigo mismo. Mónica, avergonzada, en el último término. Pausa.*)

MARÍA. ¡Jesus! (*Estendiendo los brazos hácia su padre.*)

BAUTISTA. ¡Pobre maestro!

ADOLFO. (*Aparte.*) Soy un infame.

D. ISIDORO. (*En medio de la escena, fija de un modo persistente sus miradas alternativamente en el rostro de cuantos le rodean, así como si quisiera leer en el fondo de sus conciencias. Momento de pausa.*) Cuando un objeto falta del sitio donde se ha dejado, no cabe duda de que alguna mano ha ido allí á robarlo. Yo necesito encontrar esa mano, porque mientras esa mano permanezca oculta, mi honra está manchada, mi honor no existe. (*Coge á Bautista, se lo acerca y le mira con fijeza.*) Mírame cara á cara... así... así... ¿Sabes tú quién es el ladron? (*Bautista mira con el asombro de la inocencia á su*

maestro.) ¡Ah! ¡tú no eres, pobre Bautista, tú no eres el ladron! (*Corre adonde está Adolfo, y le contempla con fijeza. Adolfo no se atreve á mantener aquella mirada.*) ¿Por qué bajas los ojos? ¿por qué palideces? ¡Ah! lo comprendo... el dolor de este pobre viejo te despedaza el corazon, porque eres bueno, porque me quieres como á un padre, y tal vez mañana me rechazarás avergonzado cuando veas caer sobre mí el fallo de la ley... (*Corre adonde está su hija y la abraza, la pone una mano en la frente y esclama con uno de esos gritos que nacen del fondo del alma:*) ¡Tú sí que no eres, hija de mi alma! (*María exhala un grito y abraza á su padre.*) No, no sois ninguno de vosotros... Me amais demasiado para darme un disgusto tan grande... Perdonadme si en un momento de estravío llegué á dudar de todos... ¡Ah! Yo me ahogo... yo me muero... ¡Dios mio, no permitas que deje de existir antes que brille sobre mi frente la purísima luz de la inocencia! (*Cae desplomado.*)

MARÍA. (*Arrojándose sobre su padre.*) ¡Padre de mi alma!

ADOLFO. (*Llevándose una mano al pecho y apoyándose con la otra en la mesa, fija con espanto los ojos en el cuerpo de don Isidoro, y dice:*) ¿Habré muerto á ese hombre?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete lujosamente amueblado.—Puerta al fondo cubierta por una inmensa cortina de terciopelo que pueda descorrerse con facilidad cuando lo indique el diálogo.—Dos puertas á la derecha, dos á la izquierda.—Esta decoracion, en donde por todas partes debe verse el lujo y la riqueza, conviene que sea cerrada y pequeña.

ESCENA PRIMERA.

El teatro permanece solo algunos segundos; luego aparece un criado con librea por la segunda puerta de la derecha, levanta el portier y saluda á ADOLFO, que entra y se sienta en un divan. Lleva el mismo traje pobre del acto segundo.

ADOLFO. Ya sabes que no estoy para nadie en casa, esceptuando las personas que te indiqué.

CRIADO. Está bien, señor marqués.

ADOLFO. ¿Está Ramon en casa?

CRIADO. Entró poco antes que usía.

ADOLFO. Dile que venga, que le espero.

CRIADO. La doncella de la señorita Elisabet ha venido esta mañana.

ADOLFO. ¡Qué pesadez!

CRIADO. Viene todos los dias tres veces.

ADOLFO. Pues bien, sigue diciéndola que no puedo recibirla.

CRIADO. Me ha entregado esta carta para el señor marqués.

ADOLFO. Dáme. Avisa á Ramon. (*El criado saluda y se marcha.*)

ESCENA II.

ADOLFO solo.

ADOLFO. No he visto una bailarina mas pesada. (*Abre la carta y lee en voz alta:*) «Si no »vienes antes de las seis de la tarde á »reconciliarte conmigo, convidaré esta »noche á cenar al baronet sir Charles »Valt, que me ha propuesto hacer un »viaje á la India. Espero tu contestacion »para dársela yo á sir Valt.—Elisabet.» (*Representado.*) Hé aquí una mujer que se halla á trescientas mil leguas distante de María, la modesta y virtuosa hija del músico de la Murga; entre las dos existe una inmensidad que las separa: el mar de la virtud, en donde siempre naufraga el vicio (*Se levanta del divan, se sienta junto á la mesa, coge una pluma y dice:*) Acabemos. (*Escribe.*)

ESCENA III.

ADOLFO escribiendo, RAMON, cuyo traje debe hacer contraste con el modesto y casi pobre que lleva Adolfo, llega hasta la mesa, y viendo que escribe, se queda respetuosamente parado á dos pasos de distancia.

ADOLFO. ¡Ah! ¿Eres tú? (*Levantando la cabeza.*) Espera un momento; concluyo pronto. (*Terminando de escribir, se levanta y vuelve á sentarse en el divan.*) Dáme un cigarro. (*Ramon se dirige á la chimenea, coge un cigarro de la cigarrera y se lo presenta á Adolfo, dándole un fósforo para que lo encienda.*) ¿Qué vino es el que á tu juicio les gusta mas á los ingleses?

RAMON. El Jerez seco, si es bueno.

ADOLFO. ¿Y á las francesas?

RAMON. El Champagne.

ADOLFO. Pues enviarás media docena de botellas

de Jerez superior, otra media docena de Sillery sobresaliente y una caja de cigarros á la bailarina Elisabet, de mi parte, con esta carta. Puedes leerla.

RAMON. (*Leyendo.*) «El marqués de Cunieblos de»sea á madamoiselle Elisabet y sir Char»les Valt una buena digestion y un feliz »viaje por los mares de las Indias, y se »repite como siempre su seguro y atento »servidor.» (*Representado.*) Doy la enhorabuena al señor marqués por este rompimiento.

ADOLFO. Bien puedes dármela. Elisabet era un entretenimiento tan caro como espuesto. Además, estoy enamorado de la virtud y de la modestia. (*Ramon se sonríe.*) Esa sonrisa quiere decirme: «No es nuevo que mi amo se enamore.» ¿Es verdad que quiere decir eso, Ramon?

RAMON. El señor marqués es jóven.

ADOLFO. Sí, sí, ya lo sé, me hallo en la edad de las pasiones; pero te juro que nunca he amado como ahora. Te hago esta declaracion, porque nadie en el mundo me inspira mas confianza que tú... tú, que sufriste mis impertinencias de niño y mis inconveniencias de hombre. Mi buena madre, al morir, hizo bien en decirme: «Te recomiendo á Ramon; no le separes nunca de tu lado.»

RAMON. ¡Ah, señor marqués!...

ADOLFO. Hablemos de otra cosa. (*Afectado.*) ¡Basta de calaveradas! ¡basta de locuras! Quiero romper con el pasado. He visto el cielo, y su luz me ha cegado; he querido burlarme de la virtud, y me ha envuelto en sus redes. (*Pausa.*) Supongo que habrás hecho todo lo que te encargué.

RAMON. Sí señor, yo no me olvido nunca de las órdenes que el señor marqués me comunica.

ADOLFO. ¿Están hechas las copias de la música?

RAMON. Sí, las dos.

ADOLFO. ¿Se avisó á los concertistas de violin?

RAMON. Esperan en el despacho del señor.

ADOLFO. ¿Y la sortija?

RAMON. Aquí está. (*Dándole una pequeña caja que contiene una sortija.*)

ADOLFO. Supongo que su precio será el que te dije.

RAMON. Doscientos ochenta reales: es un sencillo aro de oro.

ADOLFO. Mandarás á Mónica la cantidad ofrecida por los infames servicios que me ha prestado, advirtiéndola que borre de su memoria el nombre de María y el mio; que nunca se presente delante de nosotros; que no diga á nadie que nos ha conocido jamás, si no quiere recibir el justo castigo que merecen sus crímenes.

RAMON. Está bien, señor marqués.

ADOLFO. ¿Qué hora es?

RAMON. (*Mirando el reloj.*) Las once y media.

ADOLFO. No pueden tardar. Ya sabes el papel que te he encomendado. (*Ramon se inclina respetuosamente. Adolfo desaparece por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

RAMON solo.

RAMON. El amor ha sido siempre para el señor marqués un pasatiempo, un pretesto para consumir la vida y parte de la fortuna que le dejaron sus padres. ¿Habrá llegado para él la hora de la reflexion? Todo es posible. Allá veremos.

CRIADO. (*Desde la puerta de la derecha.*) El señor don Isidoro Requena y su hija esperan en la antesala.

RAMON. Que pasen, y que tengan la bondad de esperar un momento. (*Ramon desaparece por la segunda puerta de la izquierda.*)

CRIADO. ¡Eh! ¡buen hombre! ¡por aquí! (*D. Isidoro y María entran en la escena. Don*

Isidoro está pálido, conmovido; su semblante demuestra la mayor decadencia.) El señor marqués saldrá al momento. (*Desaparece.*)

ESCENA V.

D. ISIDORO y MARIA. D. Isidoro, con el sombrero en la mano, dirige una mirada atónita en derredor suyo, y exhala un suspiro.

MARÍA. ¡Valor, padre mio! Imposible es que nadie crea á usted capaz de cometer una infamia.

D. ISIDORO. Tú no conoces el mundo, hija mia... tú no conoces á los hombres. Si yo tuviera toda la elocuencia de Ciceron no lograria convencerles de que soy inocente... Ese es mi dolor, ese es mi profundo pesar... Además, ¿qué motivos tiene el señor marqués para apreciar mi honradez? Los anuncios que he puesto en los periódicos los creerá un rasgo de refinada hipocresía, puesto que al reclamarme los ocho mil duros no puedo decir otra cosa sino que me los han robado. Y aun creyéndome inocente, en el hecho del robo existe un criminal; la justicia indagará, y entonces tal vez recaigan las sospechas sobre tí, hija mia, que eres mas pura que el rayo de la aurora que anuncia la mañana, ó en Adolfo, á quien tanta amargura ha causado mi desgracia, ó en el pobre Bautista, que seria capaz de matarse por evitarme un disgusto. (*Se enjuga las lágrimas.*)

MARÍA. (*Conmovida.*) Padre, sobre la frente del culpable aparece un signo que le acusa. Nosotros podemos presentarnos delante de ese caballero, decirle la verdad y esperar tranquilos, porque nuestras conciencias no tienen el mas pequeño motivo para sobresaltarse.

D. ISIDORO. (*Agitando tristemente la cabeza.*) Tú eres buena... muy buena... una hija escelente, una hija modelo, la mejor del mundo, y dices todas esas cosas para tranquilizarme; pero en tu rostro leo lo que sufres, y en tus ojos se halla escrita la honda pena que te aflige. (*Abraza á su hija y dirige una mirada en derredor suyo.*) ¿Ves todo ese lujo, ese esplendor que nos rodea, demostrándonos la riqueza del dueño de esta casa? Pues eso me asusta doblemente. Los ricos creen pocas veces en la virtud de los pobres; no comprenden que pueda uno acostarse sin cenar pensando en el trabajo, que es la vida y la felicidad del dia siguiente; no saben que algunos pobres son tan amantes de su honra como el avaro de su tesoro; que la virtud es el bálsamo consolador de la pobreza... ¡Ah! Ya lo verás, no creerán en la mia, y escribirán sin piedad sobre esta frente que cuenta sesenta años de inmaculada honradez una palabra que me horroriza: «Ladron;» sí, ladron, y yo me moriré de vergüenza y de dolor... (*Cae desfallecido en un divan. María le abraza.*)

MARÍA. Padre mio, ¿se ha propuesto usted matarse? Dios sabe nuestra inocencia: Dios no puede abandonarnos.

D. ISIDORO. Sí, sí, dices bien, confiemos en Dios; y si los jueces me creen culpable, si me sentencian á presidio, si ponen sobre mis hombros la chaqueta gris y la cadena del presidiario atada de mi cintura, será que quiere probar mi paciencia. (*Enjugándose los ojos.*) No lloremos mas... serenidad, y sea lo que Dios quiera.

CRIADO. (*Levantando el portier de la segunda puerta de la izquierda.*) El señor marqués. (*Don Isidoro se levanta, procura serenarse; pero faltándole las fuerzas, se apoya en el hombro de su hija, etc., etc., etc.*)

ESCENA VI.

D. ISIDORO, MARIA, RAMON.

RAMON. (*Con amabilidad.*) Doy á ustedes las gracias por su puntualidad, y por haber aceptado el convite... Pero ¿cómo es que no viene su discípulo de usted?

D. ISIDORO. Señor marqués, Adolfo no ha podido venir, aunque lo ha sentido con toda el alma, pues... (*Vacila y se vuelve á apoyar en María.*)

RAMON. ¿Se siente usted malo? ¿Quiere usted tomar algo?

D. ISIDORO. No es nada... un ligero vahido; ya me pasó.

RAMON. Sin embargo, siéntese usted; está usted pálido, conmovido... Vamos, vamos, le ruego que se tranquilice; se halla usted en su casa, y quiero que me trate con franqueza.

D. ISIDORO. Muchas gracias, señor marqués.

RAMON. Un hombre honrado, trabajador y virtuoso, merece á mis ojos mas consideraciones que todos los millonarios.

D. ISIDORO. Muchas gracias, señor marqués.

RAMON. Lo que usted ha hecho no hay palabras con que enaltecerlo.

D. ISIDORO. Muchísimas gracias, muchísimas gracias, señor marqués.

RAMON. Otro menos recto de conciencia se hubiera quedado con los ocho mil duros; pero usted, pobre amigo mio, viene á traérmelos. ¡Oh! ¡Esto es sublime! ¡esto es admirable! (*Don Isidoro quiere hablar y no puede; se esfuerza por sonreirse, y termina con un gemido y se arroja en brazos de su hija ocultando el rostro.*)

MARÍA. Padre mio, veo que le falta á usted valor para decir á este caballero toda la verdad de nuestra horrible desgracia; pero yo lo tengo, porque la inocencia no debe temblar ante la verdad.

RAMON. ¿Qué es lo que sucede?

D. ISIDORO. Sucede, señor marqués... sucede... ¡que me han robado los ocho mil duros!

RAMON. ¡Robado! ¡Es bien estraño!

D. ISIDORO. Sí, muy estraño... Ni yo mismo puedo esplicármelo.

RAMON. Pero usted habrá dado parte al juez...

D. ISIDORO. No señor.

RAMON. Tendrá usted por lo menos sospechas de alguno.

D. ISIDORO. De nadie. En asuntos tan graves, caballero, yo no admito sospechas, sino prueba plena. (*Ramon se sonríe.*) Pero advierto en la sonrisa que asoma á sus labios que duda usted de mis palabras. No tengo derecho para quejarme de esa duda; mas debo decirle, que despues de salir usted de mi casa, cuando me encontré la cartera, causa de tanto disgusto, temeroso de que me robaran lo que no me pertenecia, la oculté dentro del jergon que me sirve de cama. Desde este instante no tuve ni una hora de tranquilidad. Cuando recibí ayer su carta fué inmensa mi alegría; fuí á buscar la cartera y me la habian robado... sí, robado, señor marqués, y mi pesar fué inmenso, terrible. Comprendo que tiene usted derecho para hacer de mi cuanto guste; puede mandarme prender ahora mismo si le place. ¿Para qué quiero yo la vida desde el momento que un solo hombre en el mundo duda de mi honradez? (*Momento de pausa. Ramon figura hallarse afectado. María se cubre el rostro con las manos. Don Isidoro, con los brazos caidos y la mirada dolorosamente fija en el suelo, permanece inmóvil.*)

RAMON. No nos aturdamos, no nos precipitemos, y busquemos al ladron.

D. ISIDORO. No deseo otra cosa: por encontrarle daria la mano derecha.

RAMON. Usted tiene un discípulo llamado Adol-

fo, si mal no recuerdo. (*María y don Isidoro miran á Ramon con sobresalto.*) ¿No podrá ser ese jóven el autor del robo?

D. ISIDORO. ¡Adolfo! ¡Adolfo ladron! ¡Un muchacho tan bueno... tan aplicado... tan buen músico!... ¡Oh! ¡Imposible, señor marqués, imposible! Adolfo es incapaz de semejante infamia.

RAMON. Veamos pues si el otro discípulo...

D. ISIDORO. ¿Bautista? ¡No, no, jamás! Su padre fué un profesor honrado: al morir me lo recomendó; hace doce años que vive conmigo, y si bien su inteligencia no es muy despejada, en cambio su corazon es bello y su honradez intachable.

RAMON. (*Haciendo un movimiento de hombros.*) Pues no me esplico el robo.

D. ISIDORO. Ni yo tampoco, señor marqués; pero hasta tanto que no tenga prueba plena, como he dicho antes, yo solo soy el responsable, y estoy á sus órdenes. Entrégueme usted á los tribunales: que me lleven á la cárcel; lo deseo; se lo suplico.

RAMON. (*Despues de hacer un esfuerzo para dominarse.*) Señor don Isidoro, este asunto aún podrá arreglarse. Soy bastante rico para despreciar ocho mil duros, y daremos pronto al olvido tan insignificante cantidad si María... acepta mi mano.

D. ISIDORO. Señor marqués, lo que usted me propone... (*Abrazando á su hija.*)

RAMON. Medite usted, señorita, con calma mis palabras. Solo usted puede salvar á su padre; el asunto es muy delicado, muy grave. Volveré á saber lo que ustedes han resuelto. (*Desaparece por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

D. ISIDORO, MARIA.

MARÍA. (*Despues de un momento de vacilacion.*) Padre mio, la honra de usted antes que

mi felicidad. Es preciso aceptar las condiciones de ese hombre.

D. Isidoro. ¡Venderte yo! ¡Vender á mi hija, á mi buena María!... ¡Oh! ¡nunca! ¡jamás! Prefiero acabar mis dias sujeto á la vergonzosa cadena del presidiario, ó sobre el infamante tablado de un patíbulo.

María. Padre, yo amo á Adolfo con todo mi corazon; él es la mitad de mi alma; creo que sobre la tierra no existe para mí la felicidad sin su amor; su amor, que embellecia mis sueños; su amor, que llenaba de luz y de encanto el risueño horizonte de mi vida. Pero ¿qué importa mi dicha, qué importa la paz de mi espíritu, cuando sacrificándolos puedo salvar á usted? ¡Dichosa la hija que dando toda la sangre de sus venas, gota á gota, puede librar á su padre del oprobio, la vergüenza y la deshonra!

D. Isidoro. ¡Oh! ¡Qué felices son los padres cuando tienen una hija como mi María! ¡Pobrecita! Ella no sabe lo que se dice. El amor filial la engaña, y pretende engañarme á mí tambien. Pero yo no puedo, no quiero, no debo asesinar de un solo golpe todas las bellas ilusiones de su juventud. ¿Sabes tú, pobre hija mia, lo que es unirse para toda la vida á un hombre á quien no se ama? Pasarias noches eternas de insomnio, dias interminables de amargura. Si tu esposo te mandaba ocultar las lágrimas y presentarte alegre y risueña ante la sociedad, las lágrimas, prohibidas á tus ojos, caerian como candentes gotas sobre tu corazon, agostándole poco á poco. No, hija de mi alma; tú amas á Adolfo, él ha sido tu primer amor; te conozco, y sé que él será el último. La mujer que no ama á su esposo busca siempre en sus horas de amarga soledad la manera de romper los odiosos lazos que la unen al hom-

bre que abomina. Dos caminos se la presentan: uno conduce al martirio, otro al adulterio. Yo no quiero que la hija de mi alma ponga los piés en ninguno de esos dos caminos.

MARÍA. ¿Qué mayor gloria para una hija que apurar el martirio por su padre? Es preciso llamar al señor marqués... es indispensable decirle que acepto; porque yo quiero que usted levante la frente pura y sin mancha á los ojos de la sociedad.

D. ISIDORO. ¡No! ¡jamás, jamás consentiré! La honradez reside en el corazon, y si por desgracia los hombres no pueden ver el mio con la luz de los ojos, Dios lo ve todo, y él velará por este pobre anciano. (*Momento de pausa. De pronto se oyen en la primera puerta de la izquierda los melodiosos acordes de un violin. Don Isidoro levanta la cabeza y escucha. María demuestra tambien el interés que le inspiran aquellas notas.*)

MARÍA. ¿Oye usted, padre mio?

D. ISIDORO. (*Llevándose las manos á la cabeza.*) Si mi cabeza no estuviera tan trastornada, juraria que ese violin es un Stradivarius. ¡Ah! ¡Cuánto se parece al mio... al mio, que no podré recobrar nunca! ¡Pobre violin! Lo hemos perdido, y era tu única herencia. (*El violin cambia de la melodía profana á la religiosa, tocando las* Siete Palabras *del acto primero. Al oirse las primeras notas, María lanza un grito; don Isidoro se pone de pié instintivamente; el padre y la hija se cogen de las manos y se miran como si quisieran trasmitirse con los ojos el efecto que esperimentan sus almas.*)

MARÍA. Esa melodía religiosa...

D. ISIDORO. (*Despues de darse una palmada en la frente.*) No, no estoy dormido... ¿No es verdad, María, no es verdad que estoy

despierto y que ese violin toca mis *Siete Palabras?*

MARÍA. ¡Dios mio! Mi corazon se estremece de placer. Esa preciosa melodía penetra en mi alma, inundándola de felicidad. ¡Padre! ¡padre! solo Adolfo sabe ejecutar de esa manera.

D. ISIDORO. ¡Adolfo!... ¿Estás loca? ¡Adolfo en esta casa!... Vamos, vamos, María, pobre hija mia, solo me faltaba que perdieses tú la razon. (*Acercándola contra su pecho.*)

MARÍA. No, no estoy loca. (*Cesa el violin.*) Pero pronto saldremos de dudas. (*María corre hácia la puerta, su padre la sigue, abre y dice retrocediendo:*) ¡Nadie!

D. ISIDORO. (*Retrocediendo tambien.*) ¡Nadie!

MARÍA. ¿Será esto un sueño? (*Pausa.*) ¡Es él... sí... no tengo duda... es él! (*Cogiendo á su padre por un brazo y conduciéndole hasta la puerta.*) Allí... ¿le ve usted allí? (*Estendiendo el brazo hácia la habitacion.*)

D. ISIDORO. No veo á nadie, María... á nadie absolutamente.

MARÍA. ¿No ve usted un cuadro suspendido de la pared, encima de ese piano?

D. ISIDORO. Sí, es un retrato... es verdad, se parece mucho... Pero no, no es posible... ¡Dios mio! ¿Qué es lo que nos sucede á nosotros?

MARÍA. Ese retrato es el de Adolfo.

D. ISIDORO. Hija mia, tu razon se trastorna. Ese retrato lleva una gran cruz en el pecho, y Adolfo es un pobre músico como nosotros. (*Se oye el violin detrás de la cortina del foro.*) ¡Ah! Ese maldito violin se propone sin duda volverme loco.

MARÍA. No puedo esplicarme nada de cuanto sucede; pero el eco de ese violin me llama, me dice «sígueme;» yo voy á seguirle aunque sea hasta el fin del mundo. Venga usted, padre mio. (*María coge*

á su padre, le conduce hasta el foro. Cesa el violin. Descorre con segura mano la cortina; aparece detrás una pequeña habitacion; en el centro una mesa sobre la cual se halla el violin, la cartera, el original de las Siete Palabras, *los pendientes y el reloj de plata.*)

MARÍA. ¡Qué es esto, Dios mio! (*Acercándose á la mesa.*)

D. ISIDORO. ¡Mi Stradivarius! ¡mi Stradivarius! ¡Es el mismo... es el violin de mi abuelo... es el dote de mi hija!... (*Lo estrecha contra su pecho, demostrando la inmensa alegría que esperimenta su alma.*)

MARÍA. (*Que habrá reconocido los objetos que están sobre la mesa, lanza un grito.*) ¡Ah! No era posible otra cosa. Hay Providencia.

D. ISIDORO. ¡Mis *Siete Palabras!* ¡Y es el borrador mio!

MARÍA. ¡Y la cartera! ¡y mis pendientes y el reloj de usted!

D. ISIDORO. ¡La cartera! ¡la cartera! ¿Á ver? ¡Oh! ¡sí, sí ,es la cartera!... (*La abre precipitadamente. Baja al proscenio, contando con temblorosa mano los billetes.*) Están los billetes. ¡Ah! ¡Dios es bueno! ¡Dios es justo! ¡Ya tengo honra! ¡ya puedo ser hombre de bien!... (*Cae de rodillas, levantando la mirada al cielo y estrechando la cartera contra el pecho. En este momento se abre la primera puerta de la izquierda. Adolfo, elegantemente vestido, pero pálido y confuso, avanza hácia el viejo, que al verle, se pone en pié y le mira con asombro. María contempla desde el foro esta escena.*)

ESCENA VIII.

D. ISIDORO, MARIA, ADOLFO.

D. ISIDORO. ¿Tú? ¿tú? ¿tú aquí? (*Retrocediendo con marcadas muestras de asombro.*)

ADOLFO. Yo, señor maestro, yo; el marqués de Cunieblos, el que se burlaba de la virtud y la honradez, que despues de poner á prueba al pobre músico de la Murga, confiesa que es el hombre mas honrado, mas bueno del mundo, y viene á pedirle perdon de todo el daño que le ha hecho y á suplicarle de rodillas le conceda la mano de su hija.

D. ISIDORO. Pero ¿qué dice este muchacho? ¿No lo oyes, María? Dice que es marqués... ¡Ah! ¡Pobre Adolfo! Tú has perdido el juicio como nosotros. (*Le abraza. Aparece Ramon. Don Isidoro corre á su encuentro con la cartera en la mano.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, RAMON.

D. ISIDORO. (*Á Ramon.*) Señor marqués, aquí tiene usted sus ocho mil duros. ¡Ah! ¡Qué peso tan grande acabo de quitarme del corazon!

ADOLFO. Querido maestro, ni este es marqués, ni Mónica fué nunca mi tia. Ambos han representado el papel que yo les encargué. Usted me ha demostrado prácticamente que la virtud, la honradez y el trabajo son la mayor fortuna y el mas noble parentesco á que puede aspirar un jóven cuando desea casarse. Logrando la mano de María, yo seré el que gane en este enlace. Los ocho mil duros que encierra esta cartera se distribuirán el dia de nuestro casamiento entre los compañeros de Murga, para que conserven un buen recuerdo de su amigo Adolfo y de su director.

D. ISIDORO. ¡María!

MARÍA. ¡Padre mio! (*Se abrazan y miran á Adolfo con asombro.*)

ADOLFO. María, te regalo anticipadamente el ani-

llo nupcial, comprado con el dinero que gané durante mi corta temporada de músico de la Murga. Poco es su valor; pero él debe recordarte la época de mi regeneracion.

MARÍA. ¿Qué debo hacer? (*Conmovida, mirando á su padre.*)

RAMON. Aceptar, señorita, puesto que usted, por su virtud y modestia, merece la fortuna que mi señor deposita á sus piés.

D. ISIDORO. Pero ¿qué hemos hecho nosotros para vernos de pronto elevados á tanta altura?

ADOLFO. Salvar mi alma y mi cuerpo enseñándome la distancia que existe del bien al mal.

D. ISIDORO. Pero ¿tú le amas bastante para casarte con él?

MARÍA. ¡Si le amo!... ¡Ah, padre mio!

D. ISIDORO. Pues entonces acepta. (*Aparte.*) De todos modos yo no dejaré mi buhardilla.

MARÍA. Pero ¿está usted contento?

D. ISIDORO. Sí, sí, casaos en hora buena. Estoy contento, no porque seas rica, no porque seas marquesa, sino porque tu engrandecimiento será un ejemplo vivo para probar que la virtud, la honradez y el trabajo son tres bellezas del alma que, tarde ó temprano, encuentran la recompensa en este valle de miserias y penalidades.

FIN DE LA COMEDIA.

LIBRARY OF CONGRESS
0 029 561 804 8

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Sueños de Amor y Ambicion, drama, 4 actos.
La Córte del Rey Poeta, id., 4 actos.
Juan el Tullido, id., 3 actos (2.ª edicion.)
El Angel Malo, id., 5 actos.
La Muerte de Jesus, id. sacro, 7 cuadros.
La Hija de Fernan Gil, id. 3 actos.
Juan Diente, id., 5 actos.
Herencia de Lágrimas, id., 3 actos.
La Dicha en el Bien Ajeno, id., 4 actos.
El Cura de Aldea, id., 3 actos, (6.ª edicion.)
La Mala Semilla, id,, 3 actos, (2.ª edicion.)
El Corazon en la Mano, id., 5 actos, (2.ª edicion.)
Retratos y Originales, comedia, 3 actos.
El Rey de Bastos, id., 3 actos, (2.ª edicion.)
El Movimiento Contínuo, id., 3 actos, (2.ª edicion.)
Caricaturas, id., 3 actos.
Lo tuyo mio, id., 3 actos.
El Músico de la Murga, id., 3 actos.
Los Estremos, id., 1 acto.
Calamidades, id., 1 acto.
Ver y no ver, id., 1 acto.
¡Alumbra á tu víctima!..., id., 1 acto.
El Maestro de Baile, id., 1 acto, (4.ª edicion.)
La Mosquita Muerta, id., 1 acto, (4.ª edicion.)
¡Sálvese el que pueda! id., 1 acto.
Gil Blas, zarzuela, 3 actos.
El que siembra recoge, id., 1 acto, (2.ª edicion.)
Cuarzo, Pirita y Alcohol, juguete lírico, 1 acto.
Las Garras del Diablo, id. id., 1 acto.
Recuerdos de Gloria, id. id., 1 acto.
Géneros Ultramarinos, id. id., 1 acto.

	Rvn.
El Mártir del Gólgota (tradiciones), 3.ª edicion, 2 tomos. . . .	65
El Cura de Aldea (novela), 4.ª edicion, 2 tomos.	40
La Caridad Cristiana (id.), 2.ª edicion, 2 tomos.	50
El Corazon en la Mano (id.), 2.ª edicion, 2 tomos	43
La Mujer Adúltera (id.), 2.ª edicion, 2 tomos.	46
El Frac Azul (id.), 1 tomo.	12
Las Obras de Misericordia (id.), 2.ª edicion, 3 tomos.	64
La Calumnia (id.), 2 tomos	44
La Esposa Mártir (id.), 2 tomos.	64
La Envidia (id.), 2 tomos.	48
Los Hijos de la Fé (id.), 2 tomos.	40
Los Angeles de la Tierra (id.), 2 tomos.	42
La Perdicion de la Mujer (id.), 2 tomos.	46
Los Matrimonios del Diablo (id.) dos tomos.	42
El Pan de los Pobres (id.), 2 tomos.	63
Escenas de la Vida (coleccion de novelas), 3 tomos.	114

Todas estas obras se hallan de venta en Madrid, librería de don Miguel Guijarro, Preciados, 5.